

Raúl Porras Barrenechea



Tres ensayos sobre
RICARDO PALMA

LIBRERIA "JUAN MEJIA BACA"

Raúl Porras Barrenechea

TRES ENSAYOS SOBRE RICARDO PALMA

Hemos reunido en este libro tres ensayos del prestigioso maestro Raúl Porras Barrenechea sobre el literario Ricardo Palma. Escritos en épocas diversas y enfocando aspectos poco conocidos de la impar figura de estas letras, estos ensayos constituyen obligada fuente de consulta para los interesados en el estudio de la vida y obra del creador de las "Historias del Perú".

"Palma satírico" fue el primer ensayo que apareció en esta colección poco más de veinte años después de la muerte de Palma. Con motivo de su muerte, la Biblioteca Nacional del Perú publicó una producción propiamente satírica de Palma, como lo hace ahora Porras. Es escasa, pero su estudio es de gran importancia porque, precisamente, es esta producción la que salva la obra poética de Palma, que la virtud eternizadora de la risa.

El segundo ensayo, "Palma romántico", corresponde a la serie de conferencias de la **LIBRERÍA MEJIA BACA** en ocasión del centenario del nacimiento del maestro escritor. Con este trabajo, Porras nos muestra el lado más humano de Palma, le hace actuar el medio ambiente que tuvo que vencer las influencias de afuera a las que hubo de resistir para dar su peculiar personalidad. Palma es el hombre del momento, el hombre de la prensa y del recuerdo, el hombre de la vida social y del periodismo de oposición.

LIMA, 1954

"Palma y Gonzales Diaz" fue escrito en Río de Janeiro, en 1934 y para el "Jornal do Commercio". Este lo publicó en su página de honor y, más tarde, fue reproducido por la "Revista da Academia Brasileira" en su número 158. En él, además de trazarse una síntesis general de Palma y de su obra, se dan noticias sobre su amistad con el gran poeta brasileño de "Os Timbais" y sobre el viaje de Palma a Europa y el Brasil. Varios errores luteramente aditados por biógrafos y comentaristas, se desvanecen en este último ensayo lleno de datos precisos e inequívocos.

Los tres ensayos de Raúl Porras Barrenechea, no obstante las épocas en que fueron escritos, mantienen su valor y su jerarquía. Por el dato, producto de investigación personal y no rectificado por posteriores hallazgos; por el juicio certero que, a la vez, deriva de un punto de vista original y porque el enfoque desde diversos ángulos de la más grande de nuestras personalidades literarias nos lleva al convencimiento feliz de que en Palma todos y cada uno de sus actos prefiguraban la sonata eterna del inimitable creador de las Tradiciones Peruanas.

Hemos reunido en este opúsculo tres ensayos del prestigioso maestro Raúl Porras Barrenechea sobre la personalidad literaria de Ricardo Palma. Escritos en épocas diversas y enfocando aspectos poco conocidos de la impar figura de nuestras letras, estos ensayos constituyen obligada fuente de consulta para un integral conocimiento de la vida y obra del creador de las Tradiciones Peruanas.

"Palma satírico" fué publicado en 1919 cuando el autor tenía poco más de veinte años, en el número de homenaje a Palma que, con motivo de su muerte, lanzó el "Mercurio Peruano". La producción propiamente satírica de Palma —como lo hace notar Porras— es escasa, pero su estudio es de gran importancia porque, precisamente, es esa producción la que salva la obra poética de Palma, "por la virtud eternizadora de la risa".

El segundo ensayo "Palma romántico" corresponde a la serie de conferencias de la "Semana de Palma", dictadas en 1933 con ocasión del centenario del nacimiento del ilustre escritor. Con seguro trazo, Porras nos muestra el escenario nada simple en que a Palma le tocó actuar; el medio ambiente que tuvo que vencer, las influencias de afuera a las que hubo de resistir para que su poderosa personalidad pudiera escapar del molde y dejar atrás, casi como un borroso recuerdo, sus experiencias de poeta romántico, autor teatral y periodista de oposición.

"Palma y Gonzalves Dias" fué escrito en Río de Janeiro, en 1934 y para el "Jornal do Commercio". Este lo publicó en su página de honor y, más tarde, fué reproducido por la "Revista da Academia Brasileira" en su número 158. En él, además de trazarse una semblanza general de Palma y de su obra, se dan noticias sobre su amistad con el gran poeta brasileño de **"Os Timbiras"** y sobre el viaje de Palma a Europa y el Brasil. Viejos errores rutinariamente admitidos por biógrafos y comentaristas, se desvanecen en este último ensayo pleno de datos precisos e inequívocos.

Los tres ensayos de Raúl Porras Barrenechea, no obstante las épocas en que fueron escritos, mantienen su valor y su jerarquía. Por el dato, producto de investigación personal y no rectificado por posteriores hallazgos; por el juicio certero que, a la vez, deriva de un punto de vista original y porque el enfoque desde diversos ángulos de la más grande de nuestras personalidades literarias nos lleva al convencimiento feliz de que en Palma todos y cada uno de sus actos prefiguraban la sonrisa eterna del inimitable creador de las Tradiciones Peruanas.

Librería Mejía Baca.



A aptitud limeña para la sátira, es ya un lugar común en la historia literaria peruana. Nuestros más originales ingenios fueron la sátira no alcanzó la imitarse todos los otros géneros, el espíritu más representativo de nuestra literatura, tenía que burlarse. Su humorismo de aquella surgente vena sana y jovial, de inconformismo, que tuvo su hontanar en el siglo XVII, en Juan del Alcazar, el poeta de la Ribera.

En apariencia es a Palma al que menos conviene, entre nuestros risueños burladores, el dictado de satírico. Su obra propiamente satírica es muy escasa. En breve cuenta podría reducirse a las rimas festivas de **Verbos y Gerundios**, a su colaboración en el **Juicio de Triguamía** y a sus fugaces intervenciones en la política.

Pero en Palma lo risueño, lo burlón, es lo innato, lo distintivo. Por sobre sus prestigios como historiador y su reputación como poeta está su purísima gloria de ironista. En tierras de Castilla, Miguel de Unamuno lo ha llama-

(*) Publicado en **Mercurio Peruano** Año II, Vol. II, p. 269-278. Lima, 1919.

do el primer ironista de la lengua. En nuestra descaracterización literaria, tuvo Palma la virtud de un gesto propio: su sonrisa.

La sonrisa de Palma presta originalidad, unidad y aliento personal a su obra. ¿Qué son sus **Tradiciones**, sino historia iluminada por una chispa de gracia, historia festiva hecha por un limeño que no podía olvidarse de su agudeza ni abdicar de ninguna de sus prerrogativas risueñas? El supo hacer sonrientes las más graves tareas: la erudición, la filología, la bibliografía. El hizo sonreír a la plañidera musa romántica de los bohemios de su tiempo.

Palma intentó en su mocedad, más por contagio que por nativa tendencia, ganar los lauros de Apolo. Varios libros quedan como testimonio de ese pecado venial. Pero, desde entonces, se nota en él la vena satírica. Mientras sus compañeros deliran por Hugo, Byron y Esproceda él comparte sus admiraciones románticas con Larra y Fray Gerundio y traduce al escéptico ironista de **Atta Troll**. Por más que su mejor traducción sea la de una poesía de Hugo, no era el formidable temperamento del titán francés el que se acomodaba a la amable espiritualidad del ironista peruano. Fruto de aquella bohemia, en la que no faltaban espíritus tan chispeantes como Juan de los Heros, el festejadísimo autor de las **Ensaladas y Pucheros**, fué **El Diablo**, periodiquillo tundidor y travieso, en el que Palma hizo sus primeras armas satíricas, y por el que estuvo a punto de recibir un bautismo, nó de agua sino de legítimo bejuco americano.

Fué carácter distintivo de nuestra sátira la orientación política. Los ejemplos de sátira social son muy escasos. Fuera de los pocos artículos de Pardo, el único ejemplo de crítica de las costumbres lo ofrece Segura. Y dentro de la sátira política, el periodismo tentó a todos y, lo que es lo más grave del caso, el periodismo de oposición. Para atacar nunca faltó gracia entre nosotros: **El Murciélago** y Juan de Arona bastan para comprobarlo.

Palma intervino una vez en el periodismo satírico y no hay necesidad de decirlo que fué en el de la oposición. En unión de Juan de los Heros, escribió **La Campana**, periódico en el que publicó unas jocosas semblanzas de los diputados a la Constituyente del 67, que son la prueba más dolorosa de la tenacidad de nuestros vicios políticos. Véase si no parecen congresales contemporáneos, estos dos tipos esbozados por el regocijado semblancero de aquella época. Este es el entonces diputado por La Mar:

Quien hace lo que puede
a más no está obligado:

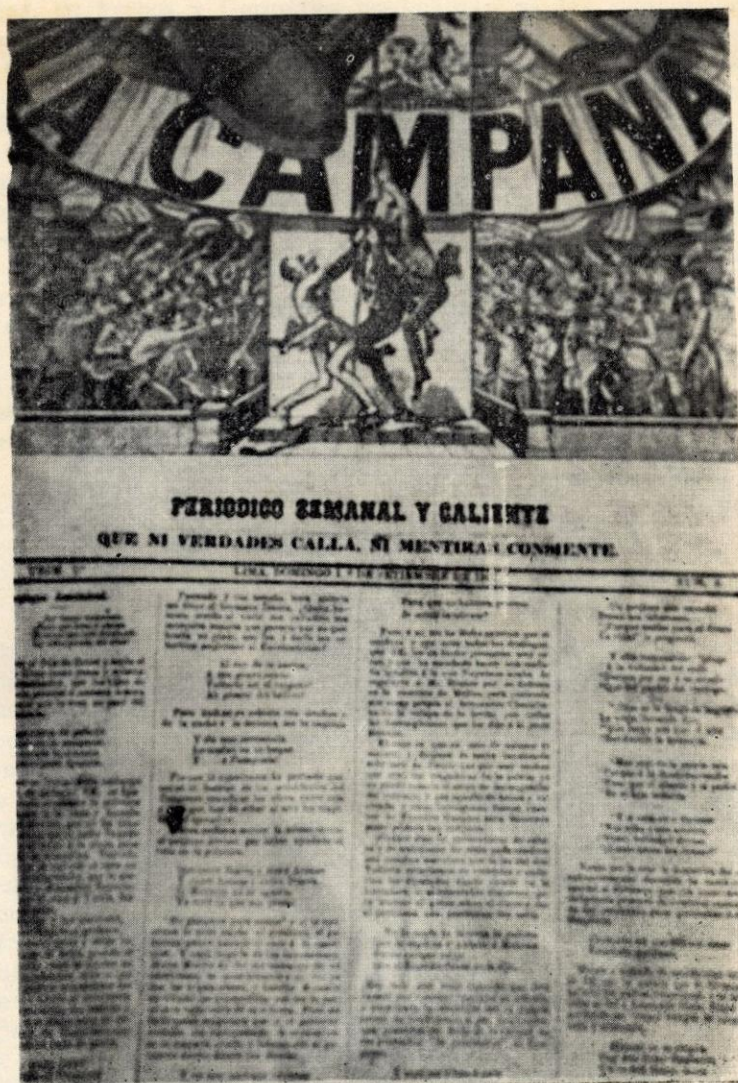
Al buen callar lo llaman
en este mundo, Sancho;

Quien se mete en camorras
Sale perniquebrado.

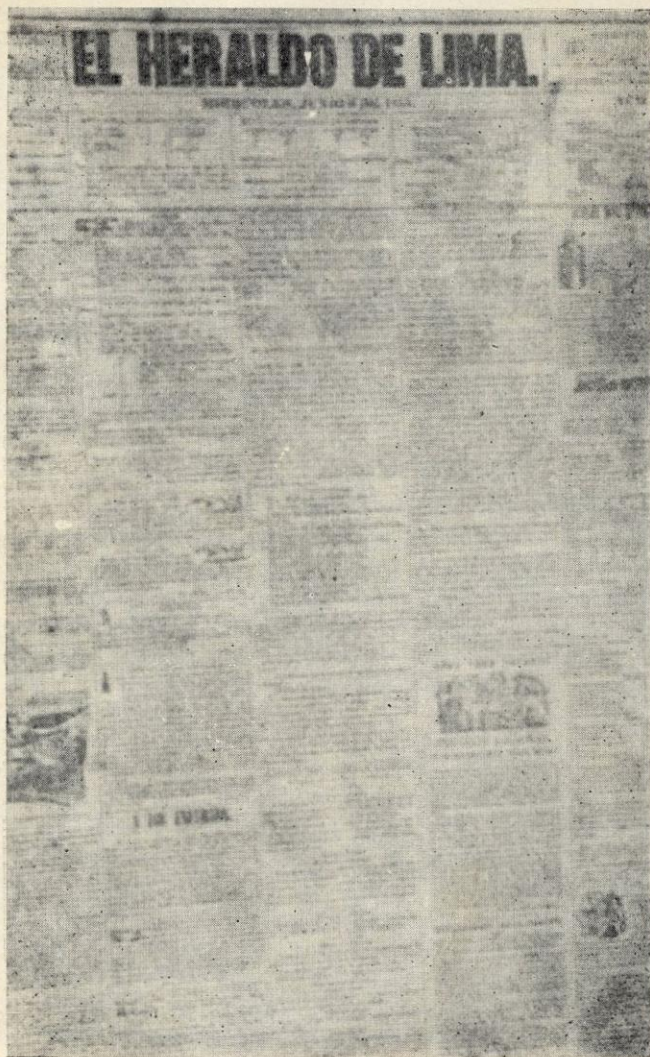
Por eso usas dice:
Votemos y vivamos.

Y la que sigue es la intencionada semblanza de un honorable señor que respondía inoportunamente al nombre de Casafranca:

Pues no está franca la casa,
¡Pese a su nombre de pila!,
Pues afirman (¡Será guasa!)
Que el ministerio la alquila.



"La Campana", órgano sedicioso de Palma, en que éste desató su vena satírica contra Prado y el Congreso liberal de 1867. En la carátula aparecen, colgados del badajo y caricaturizados, los tres redactores del periódico: Palma, Juan de los Heros y Benito Neto. El del centro —larguirucho y de largos y lacios bigotes— es don Ricardo Palma.



El "Heraldo de Lima" (1854), gran diario conservador en el que Palma escribió letrillas satíricas como gacettillero, al lado de Toribio Pacheco, Luciano Benjamín Cisneros, José Arnaldo Márquez y Juan Vicente Camacho, contra la revolución liberal de Castilla.

El que no acertó a ser sino un mediano poeta lírico, fué un buen poeta festivo. **Verbos y Gerundios** es la prueba. Aunque todavía perduran las huellas románticas, en **Verbos y Gerundios** predominan ya las composiciones alegres. Si no había conseguido dar la delicada nota erótica, da la traviesa nota picaresca, y en vez del epitalamio romántico, rima en octosílabos su parte de matrimonio. Son las de esta colección las poesías más popularizadas de Palma, las que perdurarán de su obra poética, por la virtud eternizadora de la risa. De memoria sabemos todas esas anécdotas rimadas que él titulaba cuentecillos en los que predomina la fina y ligera nota epigramática. Para acreditarle como poeta festivo bastan **Heroicidad**, **La última copita**, **Indirectas directas**, **La mendiga**, **Hasta los gatos quieren zapatos**, esa alusiva composición **Lo de siempre** que tiene su exacta moraleja política o aquellas otras en las que da la difícil receta para hacer versos o solicita a un viudo una rama del árbol en que se ahorcaron sus dos cónyuges, o aquella traviesísima y delicada en que un enfermo de hospital suspira por ser yerno de Dios ante el palmito adorable de una de sus místicas hijas. Como una muestra de ese ligero y picaresco ingenio básteme reproducir esta cuarteta, característica como ninguna, de la malicia socarrona de Palma:

¡Que pierna, Jesucristo! Era un portento
¡Redonda, limpia, trasparente, tierna!
De esas piernas tan pródigas de encantos
Que hacen prevaricar hasta a los santos.

Otros méritos tiene el desenvuelto rimador de **Verbos y Gerundios**, para figurar con honra como poeta festivo. Su regocijada musa no podía estarse quieta mucho tiempo. A poco de aparecida aquella colección de versos, se une Palma con los más chispeantes ingenios de su época para publicar un periódico: **La Broma**. Por una excepción encomiable **La Broma** no se ocupa de política. La inhibición política les obliga a buscar nuevos motivos para su pluma chancera. Nace entonces la idea de escribir un juicio en verso, con todas las formalidades requeridas por el Código de Enjuiciamientos. Entre los bromistas había jurisconsultos tan prominentes como Miguel Antonio de la Lama y Manuel Atanasio Fuentes, **El Murciélago**. El propio Palma podía exhibir diploma académico. El juez de la causa sería Lama. Palma, —nunca más acertada elección— abogado de una limeña, indignamente chasqueada por su consorte, un inconstante capitán, inicia la demanda en un jocoso escrito en que denuncia el matrimonio de éste, sucesivamente, con una arequipeña y una moqueguana. Fuentes, se encarga de la defensa del trígamo. Acisclo Villarán, haría de Promotor Fiscal. La arequipeña sería defendida por Eloy P. Buxó y la moqueguana por Julio L. Jaimes. Escribano y alguacil: Benito Neto.

Las cuatro primeras piezas, las fundamentales del proceso, son las más ingeniosas y agudas. Palma y Fuentes compiten en ironía y en humorismo y se echan unos a otros saladísimos epitetos. Después de complicado procedimiento, en el que no faltan las indispensables notificaciones, decretos, declaraciones y solemne vista de la causa, con informe oral de los abogados, el juez expide una sentencia leonina y desconcertante, pero graciosísima:

y como el capitán ha revelado
inteligencia escasa,

le condenamos a vivir con ellas
en una misma casa.

Una debía criar a los hijos y coser, lavar y planchar la otra, servir en la cocina la tercera, y el capitán infortunado soportar y mantener a las tres.

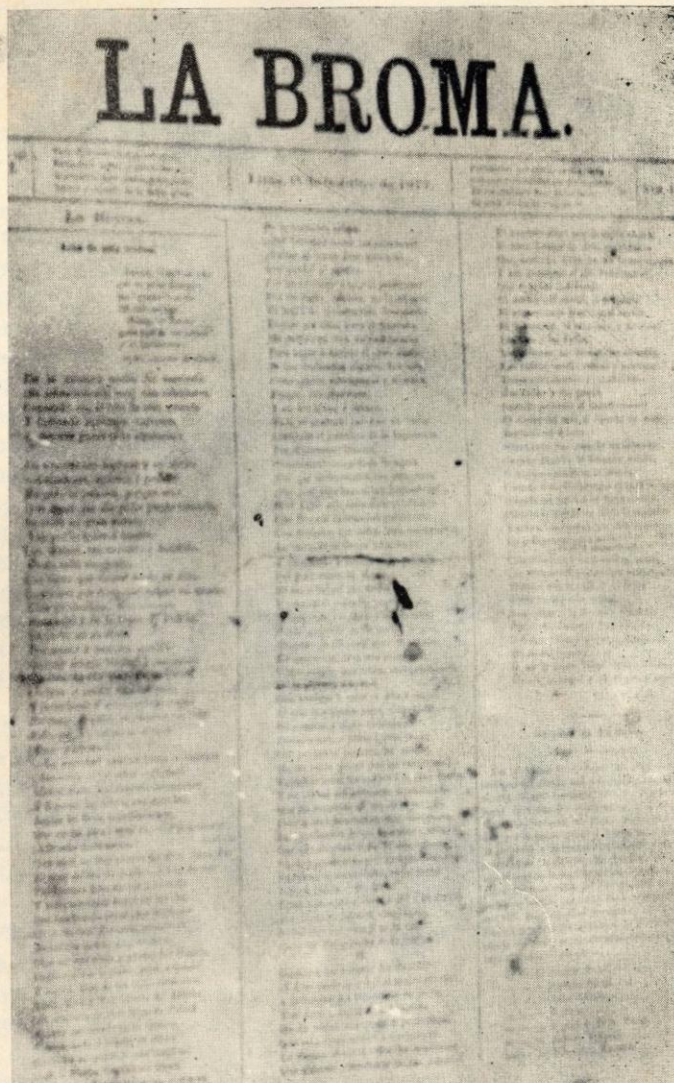
—oOo—

Pero en donde Palma revela más originalmente su humorismo es en las **Tradiciones**. Con ser obra de historia y de celosa erudición, las tradiciones son el mejor testimonio de su malicia y de su donaire picaresco. Solo él supo, reuniendo cualidades que se rechazan por instinto, ser erudito y travieso. Pudo haberse despersonalizado en la lectura soporosa y en la rebusca improba. Pero su espíritu alado revoloteaba juguetonamente sobre los infolios a caza de la anécdota añeja y escabrosa, de la aventura galante o el detalle sugeridor. En vez de envejecerse en el trato con los pergaminos, él rejuvenecía la historia con su regocijo satírico.

Como más tarde el autor de la **Isla de los Pingüinos**, él haría sátira en la historia y la haría con todas las características de la sátira criolla hasta con sus alusiones políticas.

Palma se revela en sus **Tradiciones** criollo auténtico, indisciplinado, enemigo de la autoridad, irreverente en cuestiones religiosas, opositorista por temperamento, malévolo y gracioso.

Como criollo legítimo le tiene odio jurado a la autoridad, llámese esta: monarca español, virrey, audiencia, corregidor o presidente. Se regocija cuando el virrey se ve en algún grave aprieto; cuando es más tirante el forcejeo entre el virrey y el arzobispo a propósito de un estrado o de un quitasol, cuando al virrey le cortan el revésino o lo llevan a la cárcel como a cualquier pelafustán. Hasta parece que colabora con los pasquineros que escriben pareados contra los virreyes en las paredes de palacio y que ayudara a repicar al campanero delator de los trapicheos del virrey hereje. Cada virrey tiene su mote en las **Tradiciones**: el hereje, el poeta, el inglés, el de la adivinanza, el virrey brazo de plata, el temblecón, el gotoso, el de los milagros, Pepe Bandos o el virrey de los pepinos. Al único que alaba sin reservas es al virrey limeño. Sus simpatías son siempre por los rebeldes. Por Gonzalo, el gallardo insubordinado, y por Carbajal, el irreductible y sarcástico **Demonio de los Andes**. Aplaude al noble que alega la limpieza de sus cuarteles para desobedecer las ordenanzas de un corregidor. Pero nunca se regocija más que cuando el motín es de limeñas. Diríase que azuza el resentimiento femenino, cuando un virrey se ha atrevido a legislar sobre la saya y manto o sobre las medias de las limeñas. Se le oye gruñir: ¡Buena laya de godazo! De todas las autoridades la que más le subleva, acaso más que el Rey o la Inquisición, es la del padre tiránico con la



"La Broma", el periódico satírico redactado en 1877 por Palma, en unión de los más joviales satíricos de la época, y en el que se publicó el famoso Juicio de Triguera, en verso.



Una figura típica del ambiente limeño de la época romántica, rezumando todavía el ruralismo urbano de la Lima de 1850, que era como se dijo de la ciudad colonial, "Lima, paraíso de mujeres, purgatorio de maridos e infierno de borricos".

hija enamorada. Bate palmas cuando la limeña se obstina en no casarse con el pretendiente arterio-esclerótico o se retira, herida en su dignidad, a una celda.

Sus críticas a la autoridad tienen cierto sabor a periodismo de oposición. Cuando el virrey no sabe qué hacer ante la sublevación de las limeñas, él apunta: "Entre tanto el **gobierno** estaba en Babia". Por asunto parecido llama "papanatas" a Felipe II y muy traviesamente exclama, refiriéndose a otro monarca que se atrevió a dictar pragmáticas contra los chapines de raso de las limeñas: ¡"Vaya un rey de baraja sucia"! ¿No hay en todo esto su puntilla de sátira política?

Nadie tampoco más amigo del alboroto y del tumulto que el tradicionista. Aunque en la Colonia no hubiera partidos políticos, ni revoluciones, él se encarga de abultar el menor conflicto administrativo, social o eclesiástico y de dividir la opinión en bandos inconciliables. La rivalidad entre criollos y peninsulares, latente en toda la época colonial, da asunto con sus curiosos litigios a sus mejores **tradiciones**. Ella se demostraba más violenta en los capítulos de frailes. Palma se complace descubriendo los preparativos de la elección, haciendo el recuento de los votos, describiendo las batallas y las incidencias de aquellas **jornadas** frailescas. Como no hace historia sería, no tiene reparo en plegarse a uno de los bandos y rimar vítores por el triunfo de su candidato. Limeño empedernido se afilia siempre al bando criollo, como que sabe que éste será más tarde el de la Independencia. Si el cronista hubiera vivido en esos tiempos, hubiera sido partidario de los padres Urrutias, los dos limeños prestigiosos. Tradicionista no oculta su simpatía por el virrey capitulero. Con el tiempo el virrey será presidente y el convento, municipio o cuerpo electoral. El mismo se encarga de hacer el risueño paralelo de la Colonia y la República en **Una hostia sin consagrar**.

En las **tradiciones** de Palma, por último, hasta los santos se ocupan de política. Santa Rosa, esa "divina mestiza que fué santa sin dejar de ser limeña", formula al Señor una súplica a favor del Perú, idéntica a la que su mística hermana Santa Teresa hiciera para España: un gobierno justo y moderado. El Dios español, algo truhanesco, contesta con clara lengua de romance, en tanto que el sonriente Padre Eterno de Lima, tiene la picaresca malicia de los hijos de la ciudad y envía regocijadamente a la Santa a freír buñuelos. Pero esta graciosa invención, no tiene ya nada de tradición ni de historia. Es una **capitllada** auténtica que hubiera podido ser firmada por Fray Gerundio y refrendada por Tirabeque. Tampoco es tradición aquella traviesa profecía, **Apocalíptica**, en que los limeños devotos de Nuestra Señora la Pereza, llegan tarde al Juicio Final..... Insensiblemente el tradicionista se olvida de sus deberes históricos, para dar su palotada sobre partidos o sobre caudillos de su época. Su lenguaje es el primero en delatarlo. Es al satírico político al que se adivina cuando llama irónicamente a las balas, "píldoras de democracia", o cuando dice que el domine de uno de sus cuentos "concedió amnistía general" a los arrinconados escolares, o, por motivos de heráldica, afirma que "el sable es civilista que no corta ni pincha". Abundan esta clase de alusiones en las **Tradiciones**. Con el menor pretexto, el cronista se traslada desde sus tiempos pretéritos a la realidad del presente que nunca dejó de preocuparle. Así por una indecisión de si vale más el águila o el león con corona de los Prado o los Pardo, nos dice: "Decídale otro, que a mí me basta saber que entre un Pardo y un Prado han traído tanta bienandanza al Perú que estamos dando dentera al mundo". Sobre presidentes del Perú, hay abundantes apreciaciones en las **Tradiciones**, y nó

precisamente en las que a ellos se refieren. De Gamarra, dice: "que fué el primer caudillo de motín que tuvo la patria nueva y el que fundó cátedra de "anarquía y de bochinche". A Salaverry lo ensalza. A Castilla, de quien fué opositor, no le escatima sin embargo admiración. De Balta habla con no oculto fervor partidarista. Se burla en cambio de la "república práctica" de D. Manuel Pardo. Y todo eso haciéndole risueñamente ascos a la política, como cuando dice: "Pero noto que voy metiéndome en el peligroso campo de la política y hago punto; no sea que me eche a disparatar como la mayoría de los hombres públicos de mi tierra, que no pueden dar en bola cuando están con el taco en la mano". ¿Y el tradicionista? Por los cerros de Ubeda..... por los cerros de Ubeda de la política se entiende.

Muy largo sería analizar todos los motivos que dan lugar a la risa picaresca de Palma. Quizás de lo que se burló más donosamente fué de las supersticiones, y de los santos. San Pedro y Jesucristo resultan viajeros por el valle de Ica. El cronista no duda de ninguna superstición y cuenta crédulamente, con devoción de beata terciaria, los milagros del beato Martín o la ingenua conseja del alacrán de Fray Gómez. A las viejas limeñas las ha caracterizado admirablemente, en tradiciones que son verdaderos retratos burlescos. Basta citar las tradiciones **Traslado a Judas, Contra pereza, diligencia, El niño llorón**, sobre todo aquella inimitable **La misa negra**. Véase si los párrafos de este cuento no parecen surgidos de la desdentada boca de la abuela:

"Como un año estuvo presa la pícara sin querer confesar ñizca: pero ¿a dónde había de ir ella a parar con el padre Pardiñas, sacerdote de mucha **marraqueta** que fué mi confesor y me lo contó todo en confianza? Niños, recen ustedes un padre nuestro y un avemaría por el alma del padre Pardiñas.

Como iba diciendo, quieras que no quieras, tuvo la bruja que beberse un jarro de aceite bendito y entonces empezó a hacer visajes como una mona, y a vomitarlo todo, digo que cantó de plano; porque el demonio puede ser renitente a cuanto le hagan, menos al óleo sagrado, que es santo remedio para hacerlo charlar más que un barbero y que un jefe de club eleccionario. Entonces declaró la San Diego que hacía diez años que vivía (¡Jesús, María y José!), en concubinaje con Pateta; ustedes no saben lo que es concubinaje y ojalá nunca lleguen a saberlo. Por mi ligereza en hablar y haberseme escapado esta mala palabra, recen ustedes un credo en cruz".

Más que historia, es reproducción de un tipo que el tradicionista conoció niño y que trasladó con admirable fidelidad.

El poeta festivo, tiene también cabida en las **Tradiciones**. Fuera del obligado preludio que precede a cada serie de ellas, su musa picaresca encuentra múltiples ocasiones de revelarse en una repiqueteada cuarteta o en un pareado burlesco. ¿Son realmente copiados muchos de los versos que contienen las **Tradiciones** o son fruto del ingenio nunca en reposo del poeta? El no lo dice, pero yo me inclino a lo segundo. Absolutamente suyos algunos, sobre una base ajena insignificante otros; al tradicionista pertenece por lo menos, el mérito de su oportunísima colocación. Asoma en esos cortos versos un regocijo jovial, un acento de copla liviana, frescura y desembarazo de musa popular:

**La madre que te parió
merecía parir veinte
y que yo fuera diezmero
y me tocaras en suerte.**

Digo que no eran dedos
los de esa mano
sino que eran claveles
de a cinco en ramo.

Es el amor un bicho
que cuando pica
no se encuentra remedio
ni en la botica.

Si yo me viera contigo
la llave a la puerta echada
y el herrero se muriera,
y la llave se quebrara.....

Como éstas, podría citar cien. Sólo citaré dos más, traviesísima la primera, muy característica de Palma la segunda:

Mis ojos fueron testigos
Que te vieron persignar,
¡Quién te pudiera besar
Donde dices enemigos!

Cuando dos que se quieren
se ven solitos,
se hacen unos cariñitos
muy rebonitos.

El estilo de las Tradiciones es, por último, la mejor prueba, del humorismo de Palma. No entra ya en las dimensiones de este artículo hablar de aquella riquísima prosa, mezcla de habla antigua y de castizo criollismo, en que se confunden el vocablo rancio de los viejos infolios con la gráfica expresión popular, y que, por lo airoso de su construcción y la abundancia de palabras burlescas que la coloran, es por sí sola una invitación al regocijo.

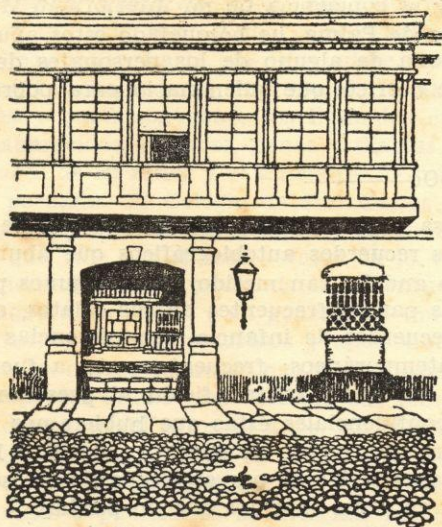
Y, como en las Tradiciones, fué Palma en su vida y en su obra: siempre risueño. Filólogo, presenta a la Academia de la lengua un catálogo lexicográfico en el que predominan los más bufones vocablos: adefesiero, bagre, cabulista, caray, capitulero, codeo, chichirimico, despapucho, disfuerso, guá, muchitanga, paporreta, picasena, politiquear, puchuela, tetelememe, timbirimbero, tuma, zafado, zamacueca, zaragate. Diríase que defiende el léxico de sus Tradiciones. Bibliotecario, yo le admiro el gesto risueño de anotar picarescamente los libros, con anotaciones que serán documentos en el futuro. Sin su sonrisa, la obra de Palma hubiera sido la de un poeta chirle y plañidero, la de un adoceñado erudito, la de un historiador mediocre, la de un bibliotecario prolijo. Por su picardía, por su fina espiritualidad, por su lisura limeña, la obra de Palma quedará como la más genuina muestra de la travesura criolla.

Palma Romántico

CONTENIDO

En esta obra se recogen los poemas más importantes y más bellos de una de las grandes figuras de la literatura española, el poeta romántico Juan Ramón Jiménez. El libro está dividido en dos partes: la primera contiene los poemas más conocidos y la segunda los poemas menos conocidos. El libro es una excelente introducción a la obra de este gran poeta.

Este libro fue publicado en la ciudad de Palma de Mallorca en el año 1933 por el editor Juan Ramón Jiménez. El libro es una excelente introducción a la obra de este gran poeta. El libro es una excelente introducción a la obra de este gran poeta.



CASA • NATAL

si San Pedro, el guardián de los bienaventurados y viejo amigo de don Ricardo, le permitiera a éste regresar por un momento en esta semana a la Lima de sus amores, en calidad de ánima bendita, a purgar algunos de sus traviesos pecados volterrianos, tendría oportunidad para ratificar su sávido juicio y refren-



DIJO alguna vez Ricardo Palma, con su experiencia de viejo y mañoso piropeador de limeñas, que cuando éstas se meten en cosas de hombres, saben dejar bien puesto su pabellón y que los hijos de Adán éramos en esta tierra unos bragazas a los que las mujeres habían arrebatado la voz de mando y de los que se podía hacer fácilmente cera y pabilo. Cumplida verdad, ésta de la superioridad de la mujer sobre los hombres y de la entereza varonil de las faldas en nuestra Lima de mazapán, que confirmaron los viajeros desde Frezier hasta Lastarria y Groussac, y que retoza en las mejores tradiciones de Palma como una de las más hondas ironías del abuelo pizpireto y romántico. Sospecho que

(*) Conferencia sustentada le 13 de febrero de 1933 en el local de la Sociedad Entre Nous, en la Semana de Palma, conmemorativa del primer centenario de su nacimiento. Publicada en "Ricardo Palma 1833-1933", edición de la Sociedad Amigos de Palma. Lima, 1934. p. 77-122.

darlo bajo su firma, que autenticaría con malicia de golilla y garabato complicado con Dimas de la Tijereta.

Porque esta semana de Palma —homenaje demasiado modesto para el más grande forjador de peruanidad— no hubiera podido realizarse sin el concurso de esta Sociedad *Entre-Nous*, que en el letargo de las instituciones varoniles —apolillamiento del Instituto Histórico, mudez de la Academia de la Lengua, catalepsia del Ateneo, aherrojamiento de la Universidad— es la única llama que en el Perú de hoy recuerda todavía lo que es el resplandor de la inteligencia.

Gratitud, por galantería o devoción, las limeñas a quienes Palma hizo célebres en el mundo le han pagado cumplidamente la deuda, con la hidalga moneda de la hospitalidad, que es ternura y escudo para su fama.

Difícil tarea la de disertar sobre la obra literaria de Palma después de los capitales y definitivos juicios de Riva Agüero y Ventura García Calderón y de los sustanciales apuntes, sugerencias y evocaciones que se han sucedido en esta semana conmemorativa. Al margen de ella y casi como epílogo, me toca recordar principalmente la figura romántica y juvenil del maestro de las **Tradiciones**. Me han faltado tiempo y pericia para realizar obra cabal. Curiosidades de rebuscador me llevaron a hurgar minucias de la iniciación de un gran escritor, que, acaso, no tengan trascendencia en su obra posterior, pero que interesan profundamente a quien se encariña con la historia de un espíritu, e inconclusa todavía la investigación de muchas fuentes, con sólo la impresión hurtada ligeramente a los periódicos, y la conciencia de mi inferioridad frente a los críticos que han analizado la obra de Palma, he bosquejado estos apuntes aún inconexos. Con la profunda filosofía de alguno de los personajes de las **Tradiciones** me cabe exclamar: “¡Arre borrico, que quien nació para pobre no ha de ser rico!”.

—oOo—

Tengo para mí que la más sabrosa biografía de Palma podría tejerse hilvanando los innumerables y constantes recuerdos autobiográficos que abundan en las **Tradiciones**. El tradicionista no andaba tan metido, como algunos piensan, en los tiempos coloniales, y en las pausas frecuentes de sus relatos, acostumbó deslizar, a veces largamente, recuerdos de infancia, reminiscencias moceriles, apreciaciones sobre sucesos contemporáneos; frecuentemente, a fuer de buen limeño, palotadas sobre política. Le tenía tanta afición al presente como al pretérito. ¡Felices expansiones confidenciales éstas que hubiéramos querido ver explayadas en un libro de memorias jugoso de época y colorido! Poco expansivo de sí mismo, antiromántico en apariencia por el resguardo celoso de su yo — cuando escribía en prosa, — y en verso sabemos que no perduró— Palma no quiso nunca deliberadamente —quizás por sus convicciones de liberal— hacer confesión general de su vida, a la manera romántica. Sólo por ocasión y enredado el ovillo de las anécdotas, es que se anima a abrir el cofre confidencial. Y es entonces que se le adivina romántico en lo profundo y se transparentan los grandes afectos de su vida. Cuando se pone, en cambio, a escribir oficialmente sus reminiscencias como en “**La bohemia de mi tiempo**” o los “**Recuerdos de España**” ¡cómo le extrañamos el arranque tierno y cordial de sus evocaciones pasajeras de las **Tradiciones** y nos dolemos del tono seco y sumario de los recuerdos a los que quisiéramos les hubiera extraído la última gota! Enumeración de nombres y de títulos de obras, adjetivos cariñosos, cordial benevolencia de anciano para sus compañeros de juventud y una que otra anécdota flo-

rida al paso, fué el único legado que quiso hacernos en su testamento este millonario fabuloso de la sonrisa, avaro de sus tesoros románticos. ¿Cómo eran sus compañeros de bohemia? ¿Cuáles fueron sus amores, sus preferencias, sus genialidades, sus conversaciones, sus luchas e inquietudes, sus éxitos y dolores? El tradicionista prefirió callarse. Conoció demasiado cerca a sus compañeros y compartió con ellos esa "cosa fea, turbia, áspera y sucia" que es la vida, según el decir de Pío Baroja. ¿Para que hablar de las hondas separaciones, privilegio de nuestra vida juvenil literaria y política, de las emulaciones, las rencillas, los odios y envidias pasajeros como el tiempo? Por Palma no sabemos de la juventud romántica de su época sino que sus compañeros leían con delirio a Espronceda y Zorrilla que concurrían a la librería de Pérez, que tomaban chocolate en casa de don Miguel del Carpio y que todos tenían talento. Su silencio no fué acaso avaricia sino lealtad sentimental, su laconismo una desilusión epilógada de piedad y de ternura. Pero en cambio ¡como fluye la emoción y se expansiona el recuerdo en las tradiciones en que salta al paso del escritor una reminiscencia, —los patios de San Carlos, las huertas aledañas de Lima!— que le devuelven a la mocedad luminosa! Se adivina que la pluma ha corrido temblando y que los ojos se han humedecido de lágrimas.

Hay recuerdos autobiográficos en muchas de las tradiciones, pero en algunas el calor de la evocación es más intenso y continuo y desborda sobre la incidental trama histórica. Las tradiciones que guardan el aroma confidencial de la infancia son: **Sabio como Chavarría, Una visita al General Santa Cruz, Nadie se muere hasta que Dios quiere, Con días y ollas venceremos, Santiago el Volador, Pancho Sales el Verdugo, María Abascal, Juana la Marimacho y Allí viene el Cuco** y particularmente los llamados cuentos de viejas, tradiciones folklóricas de aparecidos, duendes, penas y diablos en que se trasuntan las emociones más vivaces de su niñez y el ambiente de intimidación que rodea hasta ahora al niño peruano. El Colegio de San Carlos revive con su esplendor republicano de etiqueta y bullicio en la linda y finísima tradición **Los escrúpulos de Halicarnaso**, que vale por sí sola —valor de lo vívido— más que cualquiera historia documentada. Los amores de la juventud han dejado su huella en "**Como desbanqué a un rival**" y en general en muchas de las tradiciones que exhiben historias de enredos amorosos y apasionamientos, en las que se descubre un técnico en lances tenoriles que otros documentos comprueban. En "**El fraile y la monja del Callao**" ha referido sus temores y esperanzas el día del estreno de su drama **Rodil** a los 19 años. En "**Orgullo de Cacique**" está su relato del naufragio del **Rímac** y de su odisea por los arenales iqueños. **La Conga** recoge sus emociones de revolucionario y de secuaz baltista y en general, en todas sus tradiciones republicanas se mezclan recuerdos personales e históricos. Con ellos y con la semblanza biográfica de su hija Angélica, podrá revivirse íntegra, en su intimidad, la vida risueña y triste, oscura y gloriosa, inquieta, luchadora y austera del creador de **Las Tradiciones Peruanas**.



El lugar de su nacimiento, el momento histórico y la condición económica de su familia, influyeron decisivamente en la personalidad de Palma. Nació apenas libertado el Perú de la dominación española, el 7 de febrero de 1833. Sus padres —y vale apuntarlo, porque nadie lo ha dicho hasta ahora— fueron don Pedro Palma y doña Guillerma Carrillo, que ocupaban casa y posición modesta en la calle de Puno. El padre que era santacruzista, vivió hasta la madurez de Palma. La madre murió siendo aún muy niño el tradicionista, pe-

ro su suave recuerdo de ternura vaga en alguno de los versos románticos de aquel.

Palma abrió los ojos en el corazón de la Lima virreinal. Por la espalda los muros de su casa tocaban con los de las cárceles de la Inquisición limeña, cuya historia sería el primero en escribir. A media cuadra de su hogar, en lo que es hoy Plaza Bolívar, funcionaba el mercado o plaza de abastos y el desplante dicharachero de las mulatas vendedoras de pescado y desenvoltura. Pocos pasos mas allá, en el sitio que ocupa actualmente el Congreso, estaba el edificio de la Universidad Mayor de San Marcos, con sus muros altos y severos, su claustro imponente en el que se alineaban los retratos de frailes catedráticos e inquisidores y en cuyo General funcionaba desde 1822 el Congreso. En un ángulo de la manzana en que vivía Palma, estaba la casa en cuya entrada la tradición popular aseguraba que había fallecido el Virrey Conde de Nieva al descender de un balcón. El otro ángulo estaba frente al Monasterio de la Concepción, fundado por una cuñada del conquistador Pizarro. Cuadra abajo de la Concepción está el Colegio del Príncipe, fundado por el Virrey Esquilache y dedicado ya a la Biblioteca Nacional. Son casi todos los lugares entre los que había de transcurrir la vida del tradicionista.

La calle de Puno por su proximidad al Mercado y a los barrios altos, era bulliciosa, estentórea, populachera, plagada como hasta hoy de buhoneros, mercachifles, voces, pregones, y por esa época de mistureras, aguadores, vendedores de novenas y romances, tapadas, calesas, gallinazos y borricos. "Lima, paraíso de mujeres, purgatorio de hombres e infierno de borricos", se había dicho de nuestra ciudad. Pregones y campanas señalaban el paso de las horas. Los vecinos se despertaban al grito agudo de la lechera, de la tisanera o de la vendedora de leche vinagre que gritaba ¡a la cuajadita! A las once pasaban las mulatas de convento vendiendo ranfañote, cocadas, chancaquitas de maní y frejoles colados. A las tres daban las campanas de la Catedral la gorda, llamando a los canónigos para que cambiaran la siesta por el coro. Las tardes eran alegradas por el grito de las picanteras y champuceras y el lírico pregón de la jazminera que incitaba a las novias vigilantes tras de las celosías: Jazmín, jazmín, ¿muchacha no hueles? El día de los limeños se pasaba en comer, pasear, echar la siesta y hablar. Lastarria apuntaba en 1851: "Es un pueblo sin ocupaciones y callejero, sin felicidad material, pero alegre y bullicioso". Al véspere el toque del Angelus descendía místicamente sobre la ciudad. Los transeuntes se descubrían y los carruajes detenían su paso mientras se rezaba la oración de la tarde. Pero apenas se insinuaba la noche, el alma criolla resurgía punteando la guitarra, tarareando el pollito y el agua rica o trenzando los pies para bailar la zamacueca, el maicito o la zambalandó. A las diez de la noche moría el entusiasmo con el toque de cobre fuego y el animero de la parroquia que salía con farol en mano y capa colorada pidiendo limosna para las benditas hermanas del Purgatorio, era un lúgubre mensajero de duendes y aparecidos, a cuyo anuncio las calles se quedaban desiertas y los niños escondían las cabezas entre las sábanas.

"Los habitantes de Lima, —dirá más tarde el tradicionista, en la tradición **Lucas el sacrilego**— se encerraban en casita a las diez de la noche, después de apagar el farol de la puerta, y la población quedaba sumergida en plena tiniebla con gran contentamiento de gatos y lechuzas, de los devotos de hacienda ajena y de la gente dada a amorosas empresas".

Durante la noche se oía intermitentemente el grito del sereno, que entre piteo y piteo y aunque lloviera a cántaros decía: ¡Ave María Purísima! ¡Las diez han dado! ¡Viva el Perú y sereno!

El alma de lo popular y la tradición histórica salían, pues, a recibirlo a la puerta de su casa. Pero también le atraían desde adentro. Alguna anciana dicharachera, envuelta en pañolones y refranes, relatora de cuentos, milagros, devociones, chismes y contemporánea del Virrey Abascal, debió ejercer gran influencia dentro del hogar en el ánimo del futuro tradicionista. La ha evocado repetidas veces en sus relatos y ella parece ser la retratada en **Traslado a Judas, La Misa Negra** y otras tradiciones semejantes. En **Allí viene el cuco** la ha evocado con toda precisión: "Aquella bendita anciana que para algunos muchachos era **mi tía Catita**, y para otros **mi abuela la tuerta**, acostumbraba en las noches de luna congregar cerca de sí a todos los chicos y chicas del vecindario, embelesándolos, ya con una historieta de brujas, o ánimas en pena, o ya con cuentos sobre antiguallas limeñas". Los cuentos eran aderezados con jaculatorias, reprensiones y dichos proverbiales en una jerga pintoresca que el tradicionista ha recogido fielmente, sobre todo en **La misa negra**, con frases de este jaez:

"Hagan la cruz bien hecha, **sin apuñuscar** los dedos, y vuelvan a persig-narse, angelitos del Señor".

"Como un año estuvo presa la pícara sin querer confesar **ñizca**; pero ¿adónde había de ir ella a parar con el padre Pardiñas, sacerdote de mucha **marraqueta**, que fué mi confesor y me lo contó todo en confianza? Niños, recen, ustedes un Padre nuestro y una Ave María por el alma del padre Pardiñas".

"Entonces declaró la San Diego que hacía diez años vivía (¡Jesús, María y José!) en concubinaje con Pateta. Ustedes no saben lo que es concubinaje, y ojalá nunca lleguen a saberlo. Por mi ligereza en hablar y haberseme escapado esta mala palabra, recen ustedes un credo en cruz".

Retrato exacto, copiado sin duda del natural, y que tiene la misma vena y el mismo parlero donaire saturado de sales populares con que dialogan las comadres en el libro del Arcipreste de Talavera.

Otros recuerdos infantiles interesantes en la vida de Palma son los de la escuela. La primera escuela en que estuvo cuando llegó a la edad del capotillo de barragán y dejó el babador y el mameluco fué, según propia confesión, la de un dómine llamado Pascual Guerrero. El maestro vestía a la usanza colonial, larga levita negra, pantalón corto, zapatos con hebilla y gorro de algodón. Los dos principales elementos pedagógicos del maestro eran el chicote y la palmeta. Palma ha recordado en **Sabio como Chavarría** el "chicote encintado" del dómine Guerrero. Según su hija Angélica, pasó aún por dos escuelas más: la de Orengo, en la calle de la Minería, y la de don Clemente Noel, en la del Banco del Herrador. El chiquillo era un auténtico mataperro. Jugaba al trompo, al bolero y al piporro y gustaba de escaparse de la escuela y hacer novillos por las huertas y murallas. Romántico prematuro escogía para sus vagares un paraje enteramente poético: el estanque de la hacienda Santa Beatriz. "Lugar amenísimo —dirá más tarde el tradicionista— rodeado de naranjos y otros árboles". Allí el futuro poeta se entregaba al encanto bucólico de la naturaleza y veía pasar en curiosa mezcolanza de tipos a las indias pescadoras, que venían de Surco, sobre sus crinolinas de yerbas, a los indios yanacones de Miraflores, a los negros cimarrones de San Juan y a los peones de las haciendas que traficaban junto al estanque. En otras horas de expansión el chiquillo corría a asistir a las funciones de títeres en cuyo tinglado zambo tramaban la farsa criolla ño Silverio y ña Gerundia, Perote, Piticalzón y Santiago el Volador o concurría a las típicas peleas de gallos en el coliseo de Santa Catalina, codo con codo con ministros y generales jubilados. Huertas pró-

vidas de frutas, días de sol jubiloso, sano regocijo juvenil que el tradicionista añoró más tarde con melancolía. Los escolares carecían, a pesar de las complejidades del espíritu romántico, de las complicaciones espirituales de los estudiantes de hoy. Un auténtico sentido de juventud respira esta confesión del tradicionista sobre su mocedad libre y sana: "Los chicos de ese tiempo vestíamos pantalón crecedero, gorra y chaqueta y mameluco. No fumábamos cigarrillos, no calzábamos guantes, no la dábamos de saberlo todo, ni nos metíamos a politiquear".

¡Memoria olvidadiza la del tradicionista o gruñona severidad de abuelo que hace de diablo predicador! Se olvida Palma que el Convictorio de San Carlos, al que entró por esa época, hervía de entusiasmo vivanquista y que él mismo hizo sus primeras armas de periodista político y satírico, a los quince años, en un periódico descalabrante titulado **El Diablo** y que llevaba como subtítulo nada tranquilizador **Periódico infernal**. Y para parecerse a los tiempos de ahora, también los colegiales de San Carlos tenían sus revueltas y hubo vez que, para restablecer la disciplina alterada, el Rector del Colegio tuvo que llevar a los alumnos en corporación al Palacio de Gobierno, donde el Presidente Echenique les dirigió una reprimenda severa.

¡Los días de San Carlos! El Convictorio Carolino era el niño mimado de la República joven. Toda noticia sobre la marcha del plantel, la enseñanza que se daba en éste, era discutida públicamente en los periódicos. El Presidente de la República, los Ministros de Estado y los Vocales de la Corte Suprema asistían a los exámenes públicos y hacían preguntas a los colegiales. El uniforme de estos era prenda de honor en la ciudad y una credencial de aptitud la banda azul de colegial maestro. Los estudiantes premiados eran invitados por el Presidente a comer en el Palacio de Gobierno y a asistir a la función de teatro en la noche al palco presidencial. La cultura era entonces el primer deber en la República recién nacida. Palma ambuló por los patios de Jazmines y Naranjos del Convictorio, vistió el uniforme carolino, asistió a los desfiles públicos solemnes que atisbaban las tapadas e hizo en el Convictorio sus mejores amistades. De allí nació su fraternidad con los Cisneros, con Márquez, García y otros. Lo que se estudiar, no estudiaba. Soñaba con hacer versos y con estrenar una obra teatral. La literatura que enseñaban en el Convictorio era clásica hasta el aburrimiento. "Tres o cuatro años se les hacía perder a los muchachos en la enseñanza de la lengua de Cicerón y de Virgilio—ha dicho después— y a la postre se quedaban sin saber a derechas ni el latín ni el castellano". (**El latín de una limeña**). La juventud devoraba fuera del Convictorio los versos de Zorri-lla, que habían llegado a Lima en 1843. De 1848 es su primera composición conocida en memoria de Gamarra, cuyos restos fueron repatriados al Perú. En 1849 publicó la composición **A un Cisne** que se inicia con dos endecasílabos de clásica sonoridad:

**Bien haya el ave a quien la blanca espuma
El puro nácar de los mares vende,**

y que ensaya enseguida el desmayo y la variedad de versos largos y cortos de la técnica romántica:

**Que si tu lloras desdenes
Y la congoja te mata
También sufro de una ingrata
El desamor.**

Igual, cisne, es nuestro canto

**Y cuando cese mi llanto
Une tu canto a mi canto
De dolor.**

Palma tenía además otra razón para no estudiar. Estaba enamorado y se sentía bohemio. Trató en un verso de hacerse el tarambana y el bebedor que se embriaga a un tiempo de vino y de amor. La vena humorística alterna con la sentimental, pero en el fondo hay una amargura que emparenta estos versos con el acento de los famosos versos del nocturno de Acuña:

**No sabes tú que a Ovidio
la murria perseguía
sólo porque el habieca
la bota no cogía.
A cada trago un verso
y luego una letrilla
y ya verás que alegre
pasamos nuestra vida.
Y cuando a nuestra puerta
la parca toque un día,
ebrios de amor y vino
la tumba nos reciba.
Sólo la copa envidio
cuando recibe un beso
de la rosada boca
de mi adorado dueño.**

Carola se llamaba la musa de esta composición titulada **Báquicas**. Por el mismo tiempo escribió Palma otras composiciones junto con Cisneros en una revista titulada **La Ilustración**, donde Althaus publicó una leyenda en prosa titulada **Corolay**. También forjó entonces sus primeras leyendas románticas en verso, tituladas **El Esqueleto** y **Flor de los Cielos**, y una narración en prosa **La muerte en un beso** que dedicó a Luis Cisneros y exhumó más tarde en el último libro de sus tradiciones. De 1850 a 1852 estrenó además tres dramas y colaboró en **El Correo de Lima** como revistero, tocándole actuar en un incidente periodístico con Garibaldi. El resultado fué que no hizo baza en el Convictorio.

No puede dudarse que Palma fué carolino. Lo ha dicho él mismo varias veces en sus **Tradiciones**, en distintas épocas, en **Los escrúpulos de Halicarnaso** y en la nota puesta a **La muerte en un beso**. Lo afirma también en una anotación manuscrita hecha a unos versos suyos insertos en el ejemplar de **El Correo de Lima** de 1851, perteneciente a la Biblioteca Nacional y en la que dice: "Disparates poéticos de Manuel Ricardo Palma, colegialito de San Carlos". No se inventa, por otra parte, nostalgias y ternuras. Palma ha hablado en su época de San Carlos con emocionada ilusión: "En las procesiones y fiestas a que concurrían los alumnos del Convictorio, con su Rector y profesor, luciendo éstos la banda azul, colmo de las aspiraciones de un joven, era de cajón la presencia de Halicarnaso. Las tapadas pertenecientes a la feligresía del Sagrario, San Sebastián y San Marcelo sostenían el tiroteo de agudeza y galanterías con los carolinos; y las muchachas de Santa Ana y San Lázaro militaban bajo las banderas de los fernandinos. ¡Ah tiempos aquellos! ¡La boca se me hace agua al recordarlos!"

A más de la influencia del medio familiar a su infancia, hubo la del momento histórico que le tocó vivir a Palma. Como él mismo lo dijo en apuntes autobiográficos, nació tan solo nueve años después de la batalla de Ayacucho. El espíritu colonial sobrevivía a la derrota de los españoles. La patria había entrado en el palacio de los virreyes, pero la colonia subsistía en las costumbres, en las ideas, en las leyes, en las instituciones, en el espíritu de la sociedad peruana. Radiguet lo anotaba en 1844: "No había ciudad en América que, como Lima, hubiera permanecido más fiel a las viejas costumbres españolas de antes de la Independencia". La lucha entre las supervivencias y las nuevas formas democráticas y republicanas será el dilema fundamental de la época en que le tocará vivir a Palma, y a sus compañeros románticos. Este pertenecerá toda su vida a la corriente renovadora o liberal. El mensaje de su generación sería la afirmación de los principios democráticos esenciales. Su credo, la constitución de 1856. Su caudillo, José Gálvez.

El espíritu de Palma, a pesar de su clara orientación democrática y liberal, hubo de debatirse desde joven entre las solicitaciones contrarias de los principios que se disputaban el triunfo. En San Carlos predominaban ideas restrictivas respecto a la democracia, encarnadas por el Rector Herrera. Pero la juventud leía con admiración los escritos de los viejos luchadores liberales: Mariátegui, Vigil y Benito Lazo, que reivindicaban la plenitud de las doctrinas democráticas y la independencia del Estado frente a la Curia Romana. Palma se hizo correligionario de estos últimos. Colaboró con ellos en *El Correo de Lima* y en la oposición a Castilla y a Echenique. Pero no dejaron de tentarlo las ideas de orden y de autoridad y sobre todo la tesis de la soberanía de la inteligencia sostenida por su maestro Herrera. Su primera adhesión a Vivanco representa esta dubitación de su espíritu. Vivanco era un caudillo aristocrático con ribetes monarquistas. Pero la adhesión de la juventud al paladín de la Regeneración no representa en realidad una claudicación liberal. En el seno de las ideas políticas de entonces se iba definiendo un antagonismo mucho más fuerte que el de liberalismo y conservadurismo: el de civilismo y militarismo. La juventud anhelaba libertarse del torpe caudillismo militar y ponía su esperanza en las grandes figuras civiles o con tendencia civil como Vivanco, Gálvez, Elías. Era la lucha de la inteligencia contra la fuerza, de la cultura contra la ignorancia y la barbarie. Palma estuvo toda su vida de parte de las primeras contralastimas. No hay que olvidar tampoco que el programa político de Vivanco en 1850, llevado probablemente por el afán eleccionario, fué francamente avanzado y liberal, en contradicción con sus actitudes anteriores y posteriores.

Se ha hallado también oposición entre la tendencia liberal que Palma siguió siempre y su vocación de reconstructor del pasado. Es fácil resolver esta aparente contradicción. Hemos dicho ya como subsistían los hábitos coloniales y las formas sociales del Virreinato durante los primeros lustros de la República. La colonia sobrevivía a pesar de todos los esfuerzos renovadores y hay quienes aseguran que no ha muerto todavía. No sólo las leyes seguían siendo españolas sino los trajes y las ideas. La nobleza colonial conservaba su prestancia social y su riqueza y hasta hacía uso de sus títulos nobiliarios contra lo dispuesto por las Constituciones políticas a partir de 1822. Las solariegas casas de cadena mantenían el respeto del pueblo, aunque hubieran perdido sus prerrogativas. La esclavitud subsistía incomprensiblemente en un régimen titulado republicano. Lima era aún la misma ciudad conventual y amurallada que dejaron los virreyes. Circulaban aún por las calles calesas de ruedas doradas y personajes de peluquín, calzón corto y espada, que no se resignaban al cambio de indumentaria. Abundaban los personajes que habían conocido a los virreyes y



Retrato de Palma, en su juventud, en la época en que
fué poeta romántico, gacetillero de oposición, viajero,
náufrago y proscrito. El retrato aparece al frente del
volumen de versos *Pasionarias* (1870).



La "tapada" limeña, traje y silueta que desaparecieron definitivamente en 1854, con el responso lírico y epigramático de Palma y Camacho, en el "Heraldo de Lima", como lo señala precisamente la referencia contenida en el ensayo sobre Palma romántico.

hablaban con nostalgia en las tertulias de café, de los tiempos de O'Higgins, Avilés y Abascal. Palma recogió desde niño la emoción de la historia. En sus andanzas colegiales de novillero se había encontrado muchas veces frente a vivos símbolos del pasado. Un día, en una huerta cercana a la quinta de Presa, había conocido a un negro tejedor de cestas, que tenía una jauría de perros bravos y que se descubría al hablar del "rey nuestro amo". Era Pancho Sales, antiguo verdugo de los Virreyes. Otro día siendo niño, vería descender de un carruaje a una mujer de rara y melancólica belleza y sabría por un compañero que era María Abascal, presunta hija de un virrey y reina en su tiempo del amor y la hermosura. O ya junto a una mesa, en el mercado próximo a su casa, haciendo oficio de carnicera, tuvo ocasión de ver y hablar con **Juana la Marimacho**, la audaz capeadora en los días suntuosos de los toros de la Concordia. Pero la más genial de las suscitadoras del pasado era la limeña de saya y manto. Radiguet ha dicho que el traje de las tapadas daba a la ciudad de Lima el aspecto de un baile de máscaras. En la Alameda de Acho, que era el paseo de moda, en los portales, en el Puente, en las noches de luna, en las procesiones, a la salida de los grandes cortejos, las tapadas derrochaban agudezas de epigrama. Palma fué un devoto cortejador de las tapadas vivientes, no de las de lienzo, y defendió con apasionamiento romántico las subsistencias de ese característico traje nacional.

La saya y el manto empezaron a decaer hacia 1853 o 54. Este último año triunfa definitivamente la gorra a la francesa y el llamado pañuelón o chal. Las limeñas, sugestionadas por los avisos de las modistas francesas, cambian su picaresco rebozo de los abominables sombreros de la época que parecían tiestos de flores recargados de encajes, blondas, cintas y plumas. Parece que la saya y el manto se reservaron desde entonces para las procesiones y que la última vez que las limeñas se presentaron con el divino disfraz fué en la procesión de Corpus de 1854.

Palma escribía en esa época con Juan Vicente Camacho en el **Heraldo de Lima** y es curioso anotar que hizo una campaña en verso en defensa de la saya y manto y en contra del traje afrancesado. Las limeñas no le hicieron caso, pero los versos retozones de Palma o de Camacho valen la pena de recordarse. Los poetas simulan un diálogo entre los cuatro personajes de la moda: saya, manto, gorra y pañuelón. El manto criollo le dice despectivamente al chal francés:

Tu presentas al criterio
las pecas, manchas y arrugas,
y yo oculto las verrugas
en los pliegues del misterio.

Y agrega:

Querer compartir con nos
es ridícula manía
De Lima somos las dos
en donde la sal se cría.

Pero los letrilleros tuvieron que confesar su derrota, escribiendo en tono melancólico festivo la elegía de la saya y el manto:

Las de flexible cintura,
Las de ojo negros y templados,
Las de brazo contorneado,
Las de tanta travesura,

Id a ocultar la figura
 Bajo un villano ropón
 Y al llegar a esta ocasión
 Buscaré quien me socorra,
 Pues me ha vencido la gorra
 Y rendido el pañuelón.

El último destello de la saya y el manto, el día de Corpus de 1854, hizo estallar a los letrilleros en un momentáneo grito de triunfo:

¡Que ojos! ¡Cielos! ¡Que brazos!

Pañuelón.

¡Ay! Se me sale a pedazos

de su caja el corazón!

Mira esa frente divina

sin mazamorra.

Cual se eleva, cual se inclina

sin el cepo de la gorra

Dilín, Dolón.

Decid a compás:

Gorrita descansa en paz.

Duerme, duerme, pañuelón.

No hay nada de censurable en esta afección romántica de Palma, liberal, por las viejas cosas tradicionales. Lo antiliberal es precisamente el fanatismo, la estrecha clausura dentro de un solo círculo de ideas, sin comprensión alguna para los puntos de vista de los adversarios. Tengo por eso como uno de los más altos preceptos de nobleza y de honradez intelectual este pensamiento formidable de Clarín, que hallé escondido en una humilde crónica literaria: "Yo desconfío, en general —dice el gran espíritu español— de todo aquel que en política o en religión no ha sentido alguna vez la nostalgia del campo contrario". Palma, el liberal, el espíritu democrático, el anti-clerical, el partidario de Gálvez y de la Constitución del 56, no faltó nunca en su vida cívica a sus principios políticos. Pero Palma, el romántico, sintió la atracción del pasado y la poesía de los tiempos coloniales en lo que éstos tenían de más gracia y seducción: el hechizo de la mujer y su aroma aún no desvanecido de belleza y de amor. Fué leal a su credo artístico. No puede condenársele por este dualismo. Palma procuraba destruir en la vida lo que reconstruía en el arte. En ambas actitudes fué sincero. Nosotros no podemos dolernos de la contradicción, porque la nostalgia de Palma de los tiempos coloniales, que como liberal había contribuido a destruir en la política, fueron, en el orden artístico, las **Tradiciones Peruanas**.

—cOo—

Y ya es tiempo de hablar del romanticismo de Palma y de su generación, vale decir del romanticismo peruano.

No se podría afirmar a ciencia cierta en qué consistió el romanticismo, si fué una escuela literaria, una enfermedad o una moda. De las tres parece que participó en algo. Como escuela literaria fué la protesta contra lo admitido, contra lo clásico y sus reglas invariables. Romántico fué todo lo opuesto a lo clásico, a lo ordenado, a lo equilibrado, a lo sereno. Romanticismo es, pues, literariamente, desborde, desmelenamiento, pasión, predominio de la imaginación y de la sensibilidad sobre el gusto de la verdad y de la razón. "Romanticismo, decía Stendhal, es el arte de presentar al pueblo las obras literarias más capaces de producirle placer en el estado actual de sus ideas y costumbres".

“Clasicismo, según el mismo escritor, es el arte de presentar al pueblo las obras literarias en una forma que fuera capaz de producir el mayor placer posible a sus antepasados”. Según esta definición, el romanticismo sería la literatura hecha por los jóvenes, y el clasicismo la literatura llevada a cabo por la gente madura o para la gente proveya.

El romanticismo es, pues, como escuela, juventud y libertad, desborde vital. Es la revolución contra el antiguo régimen literario, estrecho y absolutista. Los románticos franceses guillotinan al preceptista clásico Boileau como los jacobinos habían ejecutado al último Capeto. Víctor Hugo dijo con razón que el romanticismo era la introducción del liberalismo en la literatura, así como el liberalismo sería la introducción del romanticismo en la política.

El romanticismo fué también una moda con todos los caracteres caprichosos y tiránicos de la moda. Al mismo tiempo que las crinolinas y los tarros de unto, se propagó el sentimiento por la naturaleza y el culto morboso y exagerado del yo. Alguien ha dicho que del amor por el paisaje que despertaron los románticos provienen muchas cosas modernas: el veraneo, el balneario, el casino a orillas del mar. En vez de considerarse a los románticos tipos desgredados o desaseados, se les estima hoy como renovadores de la higiene. Propagaron el amor del sol, de la luz y del aire restringidos por entonces, según cánones clásicos. En ese sentido cabría afirmar que Palma o **Juan de Arona**, agregando un nuevo título envidiable a su obra, son los precursores directos de las mañanas de la Herradura.

La moda romántica puso también en boga la egolatría. Los clásicos habían repudiado hablar de sí mismos. Los románticos decidieron exhibir las entrañas como los pelicanos y relatar sus más íntimos percances o dolores sentimentales. Todo el mundo deseó confesarse públicamente.

Pero el verdadero furor de la moda romántica fué el exotismo o lejanismo. Descontentos de todo, los románticos sólo se satisfacían con las cosas que estaban lejos en el espacio o en el tiempo. La Edad Media en la historia o el Oriente en la geografía. Estuvieron de moda las catedrales góticas, los caballeros, los cruzados, el amor trovadoresco y la arrogancia feudal, las ruinas y las tradiciones populares al mismo tiempo que todas las miradas tendían al Bósforo azul, poblado de cúpulas y minaretes, y anhelábase escribir el **Viaje al Oriente** de Lamartine. Todos los románticos soñaron, como el barco pirata de Espronceda, en tener:

Asia a un lado, al otro Europa
y allá a su frente Stambul.

Pero no sólo escuela literaria y moda fué el romanticismo sino también enfermedad. El romanticismo tuvo efectivos caracteres o síntomas de dolencia corporal: malestar invencible, melancolía, ojeras, cansancio espiritual y físico. Todos los jóvenes se sintieron enfermos de esa tristeza epidémica a la que se llamó, con diagnóstico fácil: “el mal del siglo”. El mal del siglo era estar insatisfecho de todo, lamentar, blasfemar, sentirse enormemente desdichado y hallarse dispuesto en cualquier momento para el suicidio. Todo romántico sentía como el Rolla de Musset, que había llegado demasiado tarde a un mundo demasiado viejo. Podríamos agregar, viejo y enfermo. “De 1830 a 1840, decía Alejandro Dumas, todos hemos pasado por la enfermedad del pecho y por la guardia nacional montada”.

El romanticismo así caracterizado, —anhelo libertario, protesta contra las reglas, desborde pasional, lejanismo, enfermedad de estar triste— se desarrolló

en Francia y de allí pasó a España. Contaminó principalmente la poesía lírica, la novela y el teatro. Pero su gran batalla espectacular la libró en el teatro la famosa noche del estreno de *Hernani* por Víctor Hugo, en 1830, en que la juventud romántica, acaudillada por el chaleco colorado de Teófilo Gautier, aplaudió delirantemente las audacias escénicas de Hugo, sancionando el primer drama romántico ante el estupor y sobre la cabeza pelada de los clásicos académicos que asistían a la función.

"De 1848 a 1860 se desarrolló en el Perú la filoxera literaria o sea pasión febril por la literatura" dice Palma, señalando el advenimiento de su generación romántica. ¿Cuáles fueron los síntomas que denunciaron la aparición del romanticismo en el Perú? En realidad no hubo otros que la presencia en Lima del poeta español Fernando Velarde, que fué el portador del contagio, y el proselitismo entusiasta de los jóvenes de entonces por los poetas románticos españoles y franceses. Palma lo ha declarado en palabras que después se han repetido mucho: "Nosotros, los de la nueva generación, arrastrados por lo novedoso del libérrimo romanticismo, en boga a la sazón, desdeñábamos todo lo que a clasicismo tiránico apestará y nos dábamos un hartazgo de Hugo y Byron, Espronceda, García Tassara y Enrique Gil. Márquez se sabía de coro a Lamartine; Corpancho no equivocaba letra de Zorrilla; para Adolfo García, más allá de Arolas no había poeta; Llona se entusiasmaba con Leopardi; Fernández, hasta en sueños, recitaba las doloras de Campoamor; y así cada cual tenía su vate predilecto entre los de la pléyade revolucionaria del mundo viejo. De mi recuerdo que hablarme del Macías de Larra o de las Capilladas de Fray Gerundio, era darme por la vena del gusto".

El movimiento romántico no surge así entre nosotros como la consecuencia de un estado de alma, o de una fuerza social desbordante sino que es obra de importación y de imitación extrañas. El romanticismo no es, en el Perú, una enfermedad sino más bien una intoxicación. En el Perú no había existido una literatura clásica, definida y despótica, que hubiera que derrocar. Hablando en oro, aquí apenas si había habido una que otra figura literaria esporádica, pero no un movimiento o grupo al que pudiera denominarse clasicista. El único literato de orientación clásica que existía entonces en el Perú era D. Felipe Pardo y Aliaga, pero los románticos lejos de combatirle como poeta le rindieron el homenaje de casi todas sus dedicatorias primicias. Palma estuvo muy joven en casa del poeta ciego, glorioso e inválido, porque éste había elogiado su traducción de *La Conciencia* de Víctor Hugo. En vez de desacatar a Pardo por su clasicismo inflexible, los románticos le acogieron como a un maestro. Ciertamente Pardo tenía algo que lo hacía inconfundiblemente romántico y era su dolor.

Los románticos peruanos tampoco tenían de qué estar tristes y lo estuvieron sin embargo inconsolablemente. Vivían en un mundo nuevo apenas conocido, que había deslumbrado a Chateaubriand por su magnificencia, y tenían que sentirse viejos y cansados. Los románticos europeos eran tremendos, decepcionados y escépticos, desesperados como Byron, mientras que los románticos peruanos fueron buenos e ingenuos creyentes, que escribían continuas plegarias a Dios y meditaciones religiosas. De Salaverry, el más inspirado y libre de ellos, es esta invocación devota:

**Pero antes que del tiempo la mano perezosa
Nos teja esas coronas de gloria y libertad,
Apaga con tus llantos, oh Virgen Santa Rosa,
De las civiles guerras la bárbara impiedad.**

Ni anti-clasicistas, ni enfermos, ni escépticos fueron, pues, nuestros románticos. Luis Alberto Sánchez sugiere que tampoco mantuvieron una actitud desafiante contra el orden burgués de la vida, que el romanticismo negaba, que carecieron, en buena cuenta, de espíritu de lucha y que casi todos ellos fueron burócratas. Todo esto es cierto en parte. No fueron nuestros románticos exaltados revolucionarios, panfletarios tremendos, pero no les faltó ánimo beligerante y, sobre todo, algo que vale más y requiere mayor firmeza de corazón y de alma: limpieza en la conducta y en la vida. Luis Benjamín Cisneros, pura alma de cisne, que sólo vivió para la poesía, contestó ya en una polémica famosa a José Toribio Mansilla que le hacía esa misma imputación: "Ser empleado público no es deshonoroso. No he cometido ninguna bajeza ni ninguna traición para serlo". Lo mismo hubiera podido decir Ricardo Palma al retirarse años más tarde de la Biblioteca Nacional. Y si una víctima fuera necesaria; allí está Benito Bonifaz, muerto en las barricadas de Arequipa revolucionaria.

El espíritu de lucha de los románticos no es posible negarlo. Batallaron rudamente con la vida y sufrieron rudos contrastes. Casi todos ellos provenían de familias pobres y humildes, hallaron obstáculos y prejuicios muy difíciles, de vencer e impusieron sus nombres en un ambiente literario, frío y desdenoso. Liberales, "republicanos rojos", como ellos dieron en llamarse, bregaron arduosamente en el periodismo, combatiendo a Castilla, a Echenique o a Prado. Sus tribunas se llamaron **El Herald de Lima**, **El Correo de Lima**, **El Diablo**, **El Zurriago**, **La Campana** y tantas otras hojas combativas. Palma fue conspirador contra Castilla y revolucionario contra Prado. Entre los mismos románticos hubo también batalla y no de migajones. Aparte de la polémica entre Fernando Velarde y algunos discípulos desconocedores de su fuerza poética de que ha hablado ya Riva Agüero, contendieron en acres polémicas Althaus y Lloná de un lado y Camacho y Palma de otro, y en posterior ocasión Mansilla contra Corpancho y Cisneros. Salaverry y **Juan de Arona** también riñeron por cuestiones de versos en 1863 y **Juan de Arona** y José Arnaldo Márquez por rivalidades de oficio. El único que mantuvo una actitud desdenosa y prescindente a lo Vigny, fué Salaverry. "No ignora Ud.—respondió una vez a **Luis Cisneros**—la indiferencia, el desdén con que miro pasar los acontecimientos políticos de nuestro país y que hace ya mucho tiempo que he perdido la fe que por un momento pude tener en nuestros hombres públicos" (**El Comercio** 2 de Dic. 1854). Pero su abstención era, como se ve, de puro origen romántico. Provenía de incredulidad y escepticismo.

Si los poetas románticos peruanos se apartaban por tantos aspectos de los poetas europeos ¿en qué consistió entonces el romanticismo en el Perú? Consistió, diría yo, en la lamentación y el tono elegíaco, en el desconsuelo sincero o ficticio, en la poetización e idealización de los trances cotidianos de la vida, en la búsqueda de la naturaleza, en el orientalismo y medioevalismo postizos y en el fervor con que trataron de naturalizar entre nosotros el drama romántico. Como caracteres propios puede exhibir el romanticismo americano o peruano, aparte de sus rasgos europeos, la ingenuidad casi infantil del sentimiento y el apostolado cívico y democrático de que se sentían investidos los poetas.

Aunque Palma cita muchos más, los verdaderos románticos por la entidad de su obra poética fueron Carlos Augusto Salaverry, Luis Benjamín Cisneros, Manuel Nicolás Corpancho, José Arnaldo Márquez, Clemente Althaus, Numa Pompilio Lloná, Pedro Paz Soldán y Unanue, Trinidad Fernández, Toribio

Mansilla, Constantino Carrasco, Manuel del Castillo, Benito Bonifaz, Enrique Alvarado, Juan Vicente Camacho y Ricardo Palma. No todos convivieron literariamente. Algunos llegaron más tarde, otros no persistieron en el afán literario, algunos desaparecieron pronto. Llona y García fueron los primeros en surgir, alrededor de 1848, al lado de Velarde. Salaverry de los últimos, en 1854. Paz Soldán y Carrasco, muy niños en 1848, aparecieron más tarde. La amistad y la solidaridad literaria más amplia sólo existió entre el grupo que formaban Palma, los Cisneros, Corpancho, Camacho y otros románticos no rimadores como Lavalle, Ulloa, Pacheco y en los primeros años de juventud Enrique Alvarado.

Alvarado fué la primera promesa trunca de la generación romántica. No será posible estudiar el ideario político del romanticismo en el Perú prescindiendo del nombre de Enrique Alvarado. En pocos artículos rotundos y arrolladores dejó marcada la garra. Tenía el arresto panfletario de González Prada y su "¡Adelante o Atrás!" anticipa el acento admonitivo del discurso del Politeama. Enrique Alvarado fué el fustigador de la política de sainete de su época y el apóstol de una gran revolución social y moral que comenzara por educar a las masas y propugnara "la libertad como el principio, el medio y el fin de la política". Enrique Alvarado fué uno de los primeros que tuvo esa tristeza del Perú, que Luis Alberto Sánchez niega existiera entre los románticos, obsesionados en cantar sus desventuras personales. Alvarado murió, por desgracia, muy joven, en Trujillo, en 1855. Lo que debió ser el programa de un partido político, se convirtió entonces en una corona fúnebre. Los románticos lloraron su decepción en un folleto que aun destila lágrimas. Los Cisneros, Ulloa, Corpancho, Salaverry, Fernández, Palma, Francisco Bilbao colaboran en el homenaje de despedida. El acento de Luis Cisneros es, como siempre, el más tierno y puro y el más lleno de santo entusiasmo. "Habríamos querido oír su última palabra. Habríamos querido llevar su féretro sobre nuestros hombros. Ha muerto el joven que habría encontrado un día su tribuna sobre los hombros del pueblo, que habría sido un proscrito, que habría bajado a un calabozo, que habría subido al patíbulo, que habría ido a la hoguera con la resignación de un mártir". Escuchadnos—no era un genio, pero habría sido un genio; no era un mártir, pero habría sido un mártir; no era un Cristo, pero habría sido un Cristo". "El día de la Marsellesa en nuestra historia sorprenderá su puesto vacío sobre la barricada de los libres. La muerte ha arrebatado la hostia sagrada de nuestra juventud. ¡Enrique Alvarado ha muerto!"

La bohemia se quedó, en efecto, sin su caudillo ideológico y perdió desde entonces la beligerancia multitudinaria a que pudo arrastrarla Enrique Alvarado. El grupo de Ulloa, Lavalle, los Cisneros, Pacheco y más tarde Palma, que ya había colaborado junto con aquellos en *El Herald de Lima*, publica en 1860 *La Revista de Lima*, que sería la expresión literaria más cabal de nuestro romanticismo, que llevaría los nombres de sus redactores a las demás naciones de América, prestigiando la cultura peruana, y cuyos directores fueron sucesivamente Lavalle, Ulloa y Palma. Corpancho murió en un naufragio en 1868. Althaus, Llona y Márquez vivieron alejados del grupo.

La poesía romántica peruana comenzó por imitar las formas de la poesía romántica europea, francesa y española. Los ídolos fueron primero Espronceda y Zorrilla. *El Diablo Mundo* y el *Canto a Teresa* y las leyendas zorrillescas se reproducían sin cuento en los periódicos y revistas. El *Don Juan Tenorio* se estrenó en Lima en 1851. (16 oct.) representándose por partes en días consecutivos. La popularidad del bardo de Granada fué inmensa. Los ejemplares de sus libros se agotaban. El orientalismo subía de punto. Las limeñas se sentían

misteriosas huries, celadas en algún agareno aduar, por algún bronco berberisco. El delirio llegó al conocerse los versos del poeta a Eugenia de Montijo, cuando el romanticismo y el amor la hicieron Emperatriz.

**En Granada naciste,
bien lo pregona
la oriental gentileza
de tu persona.**

**Balsámica azucena del campo de Granada,
que dejas nuestra vega tornada en flor de lis.**

Las limeñas sabían estos versos de memoria y Eugenia fué por mucho tiempo reina de la moda y de los corazones. Mientras nuestras paisanas imitaban el peinado en bandós y la pompa de cisne de las crinolinas de la Condesa de Montijo, los poetas se empeñaban en copiar la técnica de los versos de Espronceda y Zorrilla. Aparecieron composiciones en que se mezclaban versos largos y cortos, con todas las exageraciones zorrillescas y esproncedianas, hasta llegar a esos versos trisílabos y bisílabos que, según el decir de Eugenio D'Ors, dan la impresión de un piano tocado con un solo dedo. Véase este ejercicio de Salaverry:

**Tímida
sombra
blanca
pasó.
Célica
mi alma
triste
la vió.
Sonoro
su acento
contento
oí.**

De las formas, el contagio se transmite al espíritu. Menos trágico y desapacible, menos funerario que el romanticismo europeo, el nuestro no le cede en tristeza y melancolía. La desazón romántica prende fácilmente en los corazones juveniles ayudada por una fuerza activa. Llona declara, refiriéndose a Althaus, que éste es un poeta auténtico porque posee “ese dolor vago e inexplicable que se apodera de las almas superiores y que es el mismo mal de René y del sombrío Oberman, del tedio y la mortal melancolía, esa enfermedad incurable de los espíritus modernos”. Fernando Velarde había sido el primero en exclamar: “Nacer poeta es nacer a ser infeliz”. El coro elegíaco repite en diversos tonos la misma lamentación. Cada romántico es el ser mas infortunado del mundo y se siente hostigado por un destino fatal.

Althaus revela su turbación diciendo:

**En mi alma también existe
un instinto misterioso
que me tiene siempre ansioso
de otro mundo, otra región.**

**Como águila aprisionada
dentro de mi pecho se agita
esta ansiedad infinita
que me llena el corazón".**

**Cristal es la vida de lágrimas hecha
y es ley el llorar".**

escribe Palma.

¡Lágrimas y más lágrimas! La caducidad inevitable de todo lo que vive se ofrece a los románticos como una fuente de tristeza y de ternura. Sus versos cantan lastimeramente la elegía de las horas que se van. Son niños que se sienten viejos y a poco viejos que sueñan con quedarse niños.

**Y aunque me cubra de cabellos canos
Dejadme siempre el corazón de un niño.**

dice Salaverry:

Corazón, corazón, tu no envejeces,

exclama optimista Palma.

Valle de lágrimas, camino de dolor, el mundo es sólo una ilusión engañosa y pasajera y los hombres proscritos o viajeros ansiosos. Estuvo de moda sentirse y llamarse peregrino, como Byron y sobre todo como Mármol. También Palma cogió el bordón romántico y sintió la transitoriedad viajera de vivir:

**¿Qué somos? Aristas
que arrebatata la brisa fugaz
Pasamos, pasamos
como pasan las olas del mar.**

otra vez dice:

**La dicha! Audaz el corazón se afana
tras su esplendor escaso,
y en el bazar de la existencia humana
sólo es ave de paso.**

El más hondo decepcionado de todos, el más genuino romántico de la desesperación en su vida y en su obra, fué el más joven de los poetas, **Juan de Arona** que a los veinte años escribía:

**Hay unos días desesperantes
en que me carga la humanidad,
en que las horas y los instantes
son largos siglos de oscuridad.**

**Que en esos días en que detesto
a cuanto existe, y adoro el mal,
tal es mi traza, tal es mi gesto
tal mi deseo, mi índole tal,**

**Que sin cuidarme de la modestia
os confieso, hombres, en alta voz,**

que en esos días soy una bestia
salvaje, arisca, rara y feroz.

De esta congoja tremenda los románticos se redimen por el amor. Tedio, duda, desesperanza se desvanecen por sólo la presencia astral de la amada. Un encuentro tan sólo con ella les ilumina el corazón y les devuelve la fe. Como todos en América fueron bautizados en Becquer, una mirada les basta para creer nuevamente en Dios.

Palma, en cuyo semblante siempre asomó la risa, en cuyos labios siempre juega la burla, siente también el divino milagro del amor como cualquier becqueriano inocente:

Junto a la mujer querida,
qué bella es la luz del sol!
Cuál se desliza la vida
hallando otra alma fundida
de la nuestra en el crisol
Ah! No es el mundo por cierto
de las almas la pasión!
Sólo el mundo es un desierto
para aquel que lleva muerto
dentro el pecho el corazón.

Es ésta sin duda, la del amor correspondido y triunfante, la cuerda más apasionada y sincera, la más propia de cuantas hicieron vibrar el corazón y la lira de los románticos. ¡Campanas de gloria que celebran la misa rosada del primer amor! ¡Rumor de besos y batir de alas como en la rima imperecedera! ¡Cuánto más bello y sugestivo es este júbilo inundado de fe y de confianza en la vida que el lánguido gimoteo aprendido de los vates extraños! Cisneros le pide temblorosamente a la amada que coloque un jazmín en sus cabellos, si corresponde a su pasión, y todas sus dudas y temores se desvanecen, porque:

...¡Oh feliz señal! ¡Ventura humana!
Al llegar de su calle a los confines
la ví que me esperaba en la ventana
¡la cabeza cuajada de jazmines!

Salaverry cantará de rodillas, la lágrima furtiva de la novia, después del primer beso de amor:

¡Cómo ese instante de olvido
turbó tu inocente calma!
Yo ví en tu rostro encendido
puro un diamante caído
de la mañana de tu alma!

Pero el amor romántico verdadero no ofrece tanta cercanía: es púdico y tímido, recatado, tan auténticamente platónico que no se atreve a decir su cuita. Es, dice Ventura García Calderón, el amor a la distancia, secreto, temeroso, escondido como el de Dante que ve pasar a Beatriz en el Ponte Vecchio y no se atreve nunca a balbucear su pasión hasta que ella se muere ignorándola; es el amor cobarde que cierra los ojos al paso de la dicha y después se desespera llorando, amor sin palabras que quiere, como Gustavo Adolfo, ha-

blar únicamente con los ojos y besar con la mirada. Numa Pompilio Llona ha descrito particularmente esta especie de schok romántico:

Y de tarde y de noche y de mañana
Iba girando en torno a sus umbrales
Para verla pasar en su ventana
O al través de los diáfanos cristales,
Y al divisarla de zozobra lleno,
Doblábanse mis trémulas rodillas,
Y desde lo profundo de mi seno
Se agolpaba la sangre a mis mejillas

Las **Cartas a un Angel** de Carlos Augusto Salaverry, la más alta nota lírica de nuestro romanticismo, son también la expresión de un amor semejante, pudibundo, secreto y contrariado. "Salaverry —nos cuenta Alberto Ureta— seguía a su dulce tirana a la iglesia, al teatro, al paseo y al regresar a su estancia desengañado volvía a sumergirse en un mundo de ilusiones contemplando el retrato de la mujer que amaba".

Sombra inmóvil, te miro a todas horas
y nunca a verme tu semblante giras.
Cuando suspiro yo, tú no suspiras,
cuando mis penas lloro, tú no lloras.

El lejanismo de nuestros románticos no fué sólo amoroso sino también histórico o geográfico. El orientalismo hizo estragos en ellos. Palma fué de los primeros en caer con aquellas estrofas que han quedado típicas:

Pues tienes, nazarena,
caftanes de tisú
y chales Cachemira
brinda a tu juventud;
pues Tiro te da púrpura,
y aromas Stambul,
y la Golconda perlas
que esconde el mar azul;
quisiera yo, sultana,
¡Guarda Alah tu virtud!
ser para tu belleza
el terso espejo en que te miras tú.

Pero el chaparrón medioevalista y oriental se desató con más fuerza en el teatro. Althaus escribió un drama: **Antioco**; Corpancho dos, titulados: **El poeta cruzado** y **El Templario** e Isidro Mariano Pérez **El Puñal de Bayaceto**. Los escenarios se llenaron de almenas, cotas de mallas, albornoces y laúdes. De **El Templario** es esta escena característica romántica:

El.— **Exaltación santa
del bien precursora**
Ella.— **Trae tu mano ahora,
ven, pósala aquí. (Señala el corazón)
El corazón sientes,
mi bien, cual se agita?**

Pues sólo palpita
de amor por tí

El.— Concédeme en prueba
que imprima la boca (le toma la mano)

Ella.— ¡Con tal fuego invoca!

El.— Favor celestial!

Ella.— Cruzado, te adoro!

El.— Mi bien!

Mi embeleso! (le besa la mano).

Me ha abierto este beso
la gloria eternal.

No puede darse nada más romántico. Esta es la escena culminante del drama, probablemente la que despertó entonces mayor expectación sentimental en el público. Todos los circunloquios del gallardo cruzado que va a tomar Jerusalén son para pedirle a ella que le deje besar su mano. Cuando ella se lo concede, él declara que se le ha abierto la gloria. Las películas norteamericanas han desacreditado para siempre el encanto de tanta ingenuidad.

Para los románticos la poesía no era únicamente la libertad literaria sino la política. El liberalismo fué inseparable del romanticismo. La misión del poeta no era sólo la de cantar tristezas individuales sino la de dirigir mesiánicamente a los pueblos. El poeta debe ser el bardo. Los teóricos del romanticismo peruano —Althaus y Llona— afirman que “mientras se considere la poesía como un juego y no como una santa misión, como una sublime enseñanza, no habrá poesía”. Becquer, más romántico, mucho más romántico había dicho: “Mientras exista una mujer hermosa habrá poesía”.

La poesía es así, en América, magisterio civil, apostolado revolucionario. La musa romántica es la libertad. Los poetas se embriagan con los dogmas democráticos escritos con mayúscula: Libertad, Derecho, Justicia, Progreso, Democracia. Por eso Mármol, que había combatido lira en mano la tiranía de Rosas en alejandrinos furiosos, fué recibido en Lima con fanática admiración. Palma y Mansilla le saludaron en verso en nombre de los bohemios. Y Mármol escribió en el pórtico del libro de Corpancho estas palabras: “Qué corazón más a propósito y qué voz más templada para ejercer el sacerdocio santo de llevar a la conciencia, entre la armonía del canto, las impresiones de lo justo, de lo noble y de lo bello, que el corazón y la voz de los poetas?” “La época y la misión gloriosa de la espada pasó ya. Ha llegado su turno a la inteligencia. Y la inteligencia del poeta, inmensa para abarcar la sociedad con todos sus vicios y virtudes brillantes, para embellecer hasta las más toscas verdades humanas y sutil para infiltrarse en la conciencia de los pueblos, está llamada, señor, a ocupar el primer rango en la revolución moral que atravesamos”.

Se ha dicho que nuestros románticos no se atrevieron a combatir a nuestros caudillos y que cuando lo hicieron no lograron sino destierros fugaces. Se extraña que no erigieran una oposición como la de Montevideo y que no fraguaran planes tremendos en el destierro como los proscritos argentinos. Pero es que el gobierno de Castilla no era la tiranía de Rosas como hubo de reconocerlo el mismo Palma, desterrado en Chile. Castilla, cazurro, criollo, sagaz, no tenía los instintos sangrientos del caudillo de la Santa Federación. Castilla, en vez de oprimir, habría libertado al negro y redimido del tributo al indio; ¿por qué le iban a combatir melodramáticamente los líridas?

Palma tuvo, como pocos, la conciencia de su apostolado poético. Luchó y fué desterrado por cumplirlo. En Chile, tuvo ocasión de enunciar sus convicciones en este sentido en una carta dirigida a Guillermo Matta (Valparaíso 17 de abril de 1862 — 10 de mayo 1862.—Com.) y que merece leerse por la gallardía del pensamiento y de la forma:

“La poesía en estos momentos supremos en que se rifa la suerte de un gran continente está obligada a llenar su misión. Acabas de colocar tu rica ofrenda en el altar de la democracia. Tus versos, amigo mío, me han recordado el deber que para con nuestra América tenemos los que hemos sido favorecidos por Dios con el sentimiento e inspiración de poeta. Bendigamos el misterioso y armónico lenguaje de la poesía, que no sólo sirve para derramar una gota de consolación dulcísima en la hiel de todas las amarguras, sino que es arma que en las horas de lucha y transición, podemos emplear para uniformar las ideas del pueblo. Si alguna vez cantan los poetas angustias que sólo a ellos atañen e interesan, tiempo es de dar tregua al dolor de la personalidad, no para llorar como el profeta sobre las ruinas, sino para pronunciar palabras de esperanza que hagan brotar la fe en las almas débiles y descreídas. Aguila real del porvenir, también es el poeta un abnegado y modesto obrero del presente”.

Y don Ricardo aparejó la doctrina con la vida. Hay un episodio, significativo, descuidado por sus biógrafos, que revela lo hondo de su liberalismo y de sus convicciones democráticas. En 1864 estuvo en Europa y llegó a Rockston. Allí residía don Juan Manuel de Rosas, el célebre déspota argentino, que había ensangrentado y oprimido a su patria. Palma se acercó a su casa y le vió pasar, acrecida la tetricidad de su figura por su imaginación de poeta romántico y liberal. El historiador que había en Palma luchó seguramente por satisfacer la curiosidad de conocer a la gran personalidad argentina. Podía haber escrito una bella tradición. Pero sobre sus curiosidades de erudito primaba su investidura de poeta romántico, compañero de Mármol y sublime cantor de la libertad. El romántico peruano cogió, no la péñola cariñosa de las evocaciones con que se burlaba de virreyes y arzobispos, sino la estrepitosa lira romántica para decir:

y como el peregrino
que huye, en su camino
vibras encontrando ponzoñosas,
de Rockston, me alejé, mansión de Rosas,
el Caín de un gran pueblo americano,
el Nerón argentino.

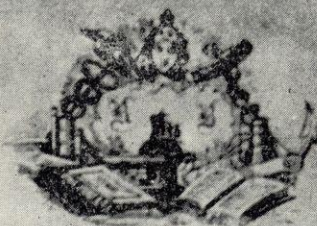
En el derecho canónico de los románticos los tiranos eran reos de excomunión mayor, cuyo contacto era demoníaco. Don Ricardo Palma se alejó de Rosas, sin hablarle, como de un réprobo.

La política fué el gran deber de los románticos. Pero su ilusión, la gran aspiración de su juventud, fueron los éxitos dramáticos. Tenían que repetir la noche de **Hernani**, aunque aquí no hubiera existido la tragedia clásica y gritar

RICARDO PALMA

ARMONÍAS

LIBRO DE UN DESTERRADO

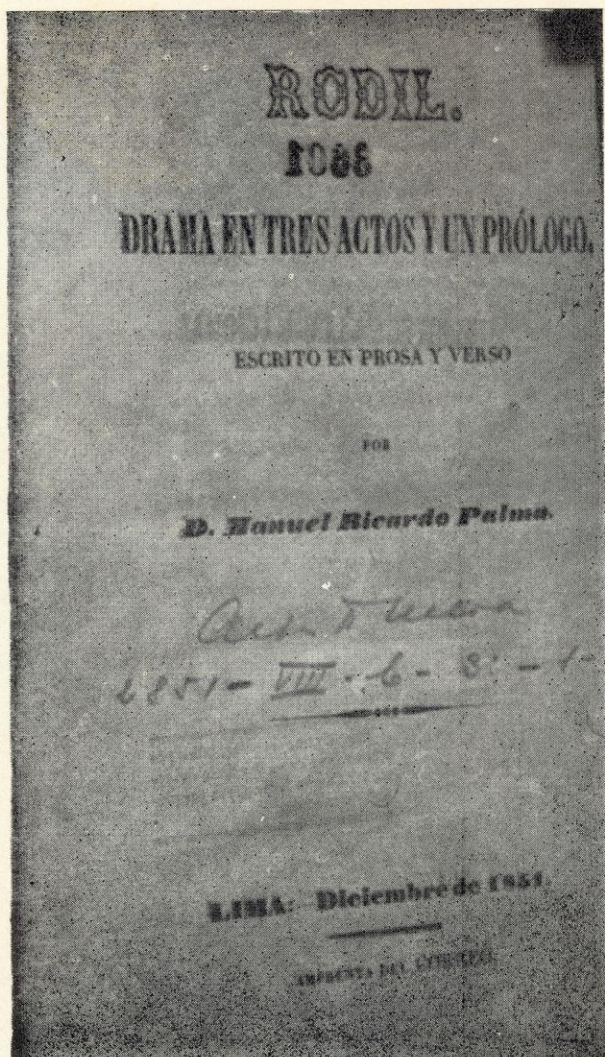


LIBRERIE DE ROSS Y SOUPE

22, RUE VIVIER, 22

1865

"Armonías. Libro de un desterrado" el segundo y más característico volumen de versos de Palma que le da categoría romántica en América y que se publicó en París en 1865 a la sombra de Lamartine y del sauce de Musset.



El "Rodil" de Palma, folleto publicado en 1851, cuando el autor contaba 18 años, y que fué estigmatizado por el tradicionalista, quien en su vejez incineraba todos los ejemplares de aquel que caían en la Biblioteca. El ejemplar superviviente se halló en 1952, a los cien años del estreno del "Rodil" en la Biblioteca del Club Nacional. El ejemplar había pertenecido a la colección de Papeles Varios de don José Casimiro Ulloa, compañero de bohemia de Palma.

su entusiasmo desde las galerías hasta hacer consentir al público en la genialidad de la nueva generación romántica.

El teatro peruano contaba entonces con dos grandes figuras: Pardo y Segura. Estos habían creado la comedia de costumbres criollas, mucho más nacional y popular, mucho más romántica por lo vernácula que el teatro medioevalista y declamatorio que iban a implantar los jóvenes poetas. Pero ¡qué importaba todo ésto, ante una noche clamorosa de triunfo en el teatro de Lima! Las funciones teatrales eran la única gran diversión limeña por los años de 1850 a 60. Los días de aniversario patrio o el 9 de diciembre eran de enorme solemnidad. Castilla o Echenique asistían a la función desde el palco presidencial. Las limeñas concurrían sin el misterioso disfraz y un ambiente de comunicativo republicanismo reinaba en la sala. Se cantaba emocionadamente el himno de Alcedo, y antes que se descorriera el telón, el público pedía que hablaran los oradores eminentes o que las muchachas bonitas cantaran estrofas del himno nacional. Palma ha recordado este ambiente en su tradición **León de Hoyos**. “¡La del palco N° 25!, ¡La del 16!” o “Casós, o Gálvez! o Luciano Cisneros!” Y se elevaba entonces la voz enardecida y gallarda del tribuno o la linda y flébil voz de la limeña. El primer actor o la primera actriz iniciaba la actuación leyendo una alocución patriótica alusiva a Ayacucho o a las glorias peruanas de la Independencia, compuesta por don Felipe Pardo, por Toribio Mansilla, Manuel Vicente Villarán o por el propio don Ricardo Palma. En seguida se representaba algún drama truculento de Dumas o Bouchardy, o, cuando era día de estreno para los románticos, **El Pabellón Peruano** de Luis Cisneros o **El Pueblo y el Tirano** de Carlos Augusto Salaverry, entre aplausos delirantes. El autor era siempre llamado a escenas, a la usanza española, iniciada en el estreno del **Trovador** de García Gutiérrez, aunque invariablemente lo mordieran al día siguiente los comunicados de **El Comercio**. El teatro apasionaba por esa época como más tarde los toros. Las polémicas sobre actores y obras dramáticas producían acres controversias. Las rivalidades entre artistas y los apasionamientos del público por la Fedriani o la Miranda, como antes por la Rossi o la Pantanelli, producían verdadero escándalo. El único gran actor acatado unánimemente era Mateo O’Loghlin que estrenó en Lima el **Don Juan Tenorio** y que era insuperable intérprete de un truculento drama que apasionaba en su época: **La Carcajada**. O’Loghlin estrenó casi todas las obras de los románticos, pobres dramáticamente, pero exuberantes de lirismo y de pasajes declamatorios.

El mayor éxito del teatro romántico peruano fué **El Poeta Cruzado** de Manuel Nicolás Corpancho, que se repitió incesantemente y aun fué representado en Chile. Corpancho trató de repetir el éxito en **El Templario**, pero sin conseguirlo. El más fecundo en producir obras dramáticas fué Salaverry, que intentó el drama histórico en **Atahualpa** y en **El Pueblo y el tirano** y escribió además **Abel o el pescador americano**, **El Bello ideal**, **El amor y el oro** y otros engendros semejantes. Salaverry se propuso indigenizar el teatro con muy poco éxito. En **Abel o el Pescador Americano**, una protagonista, enamorada de un indio pescador, dice a su confidente:

Con la realidad me abrumas,
de él me apartará el honor;
pero, es tan bello el amor
así, vestido de plumas!

En otro drama de Salaverry, **El Pueblo y el Tirano**, la multitud dirigida por un caudillo indio y poseída de un frenético deseo de anacronismo, asalta

el palacio del Virrey en pleno siglo XVII, portando en triunfo una inesperada bandera peruana.

José Arnaldo Márquez intentó llevar al teatro problemas y reivindicaciones sociales y cierta tendencia demagógica como en **Pablo o la familia del mendigo**, en que se debate poco más o menos el dilema de si la nobleza del corazón vale más que la nobleza de los títulos y uno de los personajes exclama:

¡Oh los ricos! Para ellos
las desgracias son mentira!
Los corazones más bellos
Se agostan en el pesar.

Manuel Ricardo Palma, como entonces se firmaba el tradicionista, buscó también los aplausos del teatro, obteniéndolos alguna vez abrumadoramente. Palma escribió tres obras dramáticas: **La hermana del Verdugo**, en 1849, **La muerte o la libertad**, en 1851 y **Rodil**, en 1852. Además realizó una traducción de **El Gitano** de Bouchardy, que se estrenó en 1854.

La Hermana del Verdugo, escrita a los 17 años, declara él mismo que fué una "abominación patibularia en cuatro actos"; pero revela ya, sin embargo, la vocación histórica de Palma. El protagonista del drama es el verdugo del Cuzco, Juan Henríquez que ajustició a Gonzalo Pizarro y a Carbajal. Pero el Juan Henríquez del drama se parecía al de la historia "como una góndola de pescadores a un navío de tres puentes". "Argumento y caracteres eran desatinados hasta dejarlos de sobra. Pero los versos —asegura el propio interesado— gustaron al público, arrancaron aplausos y el autorcillo fué llamado a la escena".

El 27 de julio de 1854 estrenó Palma su segunda obra **La muerte o la libertad** con un programa truculento: obertura, alocución patriótica, himno nacional, cavatina y bailes sevillanos. El autor declara que la pieza merecía que público le tirase los bancos a la cabeza, pero lo salvó el patriotismo de los versos y una lamparilla no sabe si a San Miguel o al Diablo. Los anuncios de la obra la calificaron de "melodrama en tres actos, en prosa y verso" y la distribución de los cuadros, en plan de contraste, no deja lugar a duda sobre su progenie romántica. Estos se titulaban: 1º—**El baile**, 2º—**Los conspiradores**, 3º **La Prisión**.

El más sonado triunfo de Palma en el teatro fué, sin embargo, el drama histórico **Rodil**, estrenado el 13 de enero de 1852. El propio Palma declara que él creyó por esa época que había producido la octava maravilla, pero en su tradición sobre Rodil dice que fué un desatino dramático, "especie de alacrán de cuatro colas o actos" y agrega: "Aquello no era drama, ni piñón montado; versos ramplones, lirismo tonto, diálogo extravagante, argumento inverosímil, lances traídos a lazo, caracteres imposibles, la propiedad de la lengua tratada a puntapiés, la historia arreglada a mi antojo....y vamos, aquello era un mamarracho digno de un soberbio varapalo".

El éxito resonante de **Rodil** se debió a unas redondillas con intención política, que se recitaban en el segundo acto, "Allí —dice Palma— se zurraba la badana el Ministerio y se atacaba la ley de represión, dictada por el gobierno conservador de entonces". De allí el frenesí público. Don Ricardo, uniendo el pensamiento a la obra, hizo desaparecer de la Biblioteca y de la circulación, todos los ejemplares del **Rodil**, que se imprimió y vendió profusamente, e hizo con ellos un auto de fé. De allí que la lectura del **Rodil** sea hoy casi imposible; pero he podido hallar que la redondilla maliciosa, palmeada y pateada por el público fué ésta:

Desgraciada la nación
donde se humilla al talento
y hasta para el pensamiento
hay leyes de represión.

No sería posible hablar del romanticismo sin decir siquiera unas palabras sobre el papel que las limeñas representaron en el romanticismo peruano. Wilde ha dicho que las mujeres nos inspiran grandes cosas pero que en seguida nos impiden realizarlas. Las limeñas inspiraron los mejores versos de los románticos y fueron las diosas sonrosadas que presidieron, embutidas dentro de sus aéreas crinolin, los éxitos teatrales de los poetas. Pero no participaron de sus tristezas y desesperaciones, porque apenas si la agudeza les cabía dentro del cuerpo. Y en cuanto a las ideas liberales de sus románticos admiradores, no sólo no las siguieron sino que las combatieron indignadas. Coronas de alfalfa llevaron las limeñas para echarlas sobre las cabezas de los representantes herejes, cuando se discutía la libertad de cultos, en 1856 y en 1857, y atacaron a arañazos y puñadas al diputado Bambarén cuando entraba al Congreso. Las limeñas no fueron como esa romántica señorita francesa que en un baile del banquero Laffite, al ser invitada a danzar, contestó con dignidad: "Ante todo, caballero, dígame Ud. si es partidario de la libertad de imprenta". Una mujer y de clara estirpe, la señora Lazo de Eléspuru, estrenó un drama y al presentarse a escena, llamada por el público, se desmayó como cualquiera heroína romántica.

En Palma lucharon principalmente dos tendencias: una suya innata, atávica de su ciudad y de su raza, la traviesa y juguetona tradición del criollismo, y otra externa y adquirida, aprendida dentro de un ambiente propicio que se pudo considerar por mucho tiempo como una vocación efectiva de su espíritu. Palma rindió tributo sincero y constante al romanticismo literario de 1830, pero su vocación le arrastraba lejos de él. Su sobriedad sentimental estaba reñida con el alarde romántico. Su tendencia a la risa y a la burla desvirtuaba el lirismo melancólico en boga. La risa exige la anestesia del corazón, como ha dicho Bergson. No pudo ser nunca un buen poeta romántico, por más que acertara en algunos versos, porque le delataba su espíritu retozón. Por mucho tiempo, él trató de esconder y de cegar esa propensión traviesa, convencido de que solo dentro de la dirección poética que seguía, podía alcanzar la justa ambición de gloria que llevaba dentro.

Indirectamente, por caminos insospechados, Palma llegó a encontrar su camino real. Las tareas poéticas no le habían impedido husmear el pasado con curiosidad socarrona, sin contradecir su filiación literaria. "Romántico es todo aquel para quien la historia existe", ha dicho Ortega y Gasset. Palma se acercaba más ciertamente al romanticismo cuando más pensaba alejarse de él.

El primer ensayo histórico de Palma es contemporáneo de su iniciación poética. En 1853 publica una colección de apuntes biográficos de los precursores de la Independencia peruana que titula **Corona Patriótica**. Sus leyendas históricas en verso de esa época representan todavía la desviación romántica. Pero en 1862 ya le han conquistado los papeles viejos y los archivos y da a luz sus **Anales de la Inquisición de Lima**. El criollismo burlón e irreverente hubiera parecido tan inconciliable con las labores históricas como con los versos románticos. Pero él halló modo de llevar la travesura a la historia y del conubio entre la evocación romántica y la festiva sal criolla nace la tradición, el género que hizo célebre a Palma.

El tradicionista desplazó al poeta romántico, pero le quedó marcada la huella letal. Cuando había intentado llorar, no pudo disimular una sonrisa; cuando quiso reír, únicamente le sorprendió hallar que no podía vencer el viejo hábito melancólico. La fusión del donaire criollo y de la cuita romántica produce **Verbos y Gerundios**, su mejor libro de versos, y obra que respira humorismo campoamorino, filosofía sentimental colmada de sonrisas.

El poeta romántico sobrevivió, sin embargo, a su derrota por el tradicionista y no murió nunca del todo. Apareció a veces en los prólogos de las **Tradiciones**, abjurando el romanticismo y llamando a sus antiguos colegas:

**Contrabandistas del pesar, ridículos
histriones que remedan el dolor.**

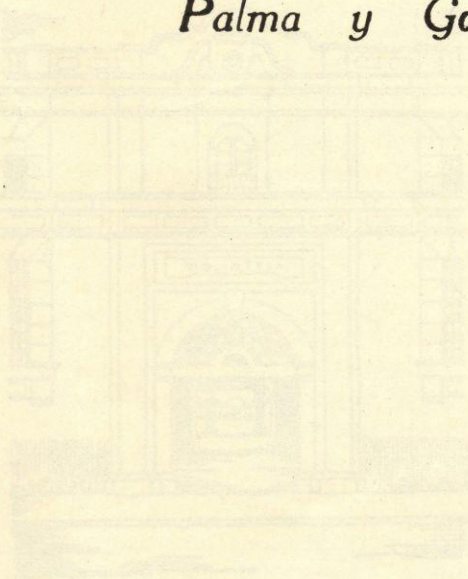
Pero, pese a sus protestas y actos de contrición, persistía escribiendo versos cada vez más cortos como el viejo sencillón de las **Doloras**. La fama llegaba entre tanto, sombrero en mano, a la puerta de la Biblioteca de Lima y él la recibía con ademán cordial y campechano, calada la gorra de abuelo, como a vieja conocida. Una vez —la más ilustre de todas— desembarcó Rubén Darío que sabía de memoria aquel verso romántico de Palma

**Parto ¡oh patria! desterrado
de tu cielo arrebolado
mis miradas van en pos**

y quería estrechar la mano del patriarca de la gracia en América. —¿Cómo está usted, don Darío Rubén?— le dijo sonriente y trascordado don Ricardo. Y así pasaron los años, y un día le echaron del hogar de sus libros y del altar patriótico que fué para él la Biblioteca. Poco después le sorprendió la muerte en Miraflores, donde había transcurrido su juventud, había sufrido, vivido y soñado, y se durmió, rodeado de árboles y de niños, recitando un viejo verso romántico inolvidable.....

Y sucedió entonces un milagro como en los días crédulos del Beato Martín y de la mística Rosa. Una huelga de linotipistas hizo que por primera vez, después de ciento treinta años, desde que apareció **El Diario de Lima**, no aparecieran periódicos. La ciudad recobró repentinamente su viejo ritmo colonial, como cuando las campanas del campanero bellaco, convertidas en prensa de oposición, llevaban su chisme en alas del bronce a los últimos rincones de Lima o como cuando las gentes se congregaban alrededor del pregonero para escuchar el último decreto de **Pepe Bandos** contra la saya y manto o los chapines de raso de las limeñas. Revivieron por una hora el corrillo en las gradas de la catedral y el mentidero de Bodegones e inesperadamente comenzó a correr la noticia de la muerte de don Ricardo Palma, transmitida, no por prosaicas letras de molde, sino llevada por el fervor emocionado de los labios, como una tradición....

Palma y Gonzálves Días



BIBLIOTECA NACIONAL

El presente es un estudio de la vida y obra de Palma y Gonzálves Días, dos de los más importantes escritores de la literatura brasileira. El estudio es dividido en dos partes: la primera trata de la vida y la segunda de la obra. En la primera parte se describe la vida de Palma y Gonzálves Días, desde su nacimiento hasta su muerte. En la segunda parte se describe la obra de Palma y Gonzálves Días, desde su primera obra hasta su última obra. El estudio es escrito por un autor que es un experto en la literatura brasileira. El estudio es muy interesante y útil para los lectores que quieren conocer más sobre la vida y obra de Palma y Gonzálves Días.

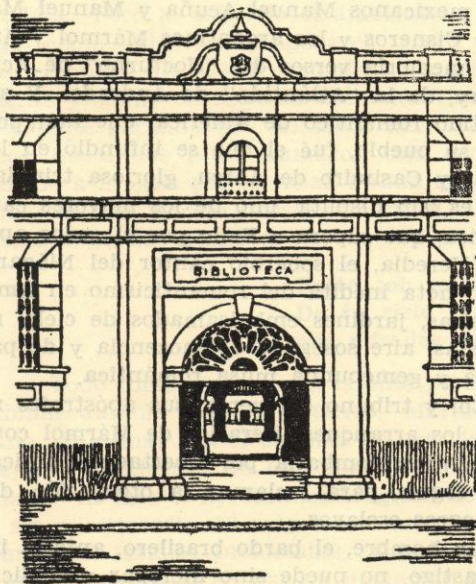
En esta obra se trata de la vida y obra de Palma y Gonzálves Días, dos de los más importantes escritores de la literatura brasileira. El estudio es dividido en dos partes: la primera trata de la vida y la segunda de la obra. En la primera parte se describe la vida de Palma y Gonzálves Días, desde su nacimiento hasta su muerte. En la segunda parte se describe la obra de Palma y Gonzálves Días, desde su primera obra hasta su última obra. El estudio es escrito por un autor que es un experto en la literatura brasileira. El estudio es muy interesante y útil para los lectores que quieren conocer más sobre la vida y obra de Palma y Gonzálves Días.

Publicado en la Prensa de Lima y en el Jornal de Commercio de Rio de Janeiro el 1.º de 1900. — Reproducido en la Revista de Acaestada Brasileira N.º 100.

Aunque el novelista de "Tracema" y "Guarany" con sus obras tan sustanciales mente americanas como sus coetáneos, el "Tucumán" de Garibaldi o la "Marta" de Jorge Ibañez, universalmente aceptadas en el resto del continente? Al primero, acaso se le conoce en el Perú o Bolivia contraponiéndolo con el segundo, de una comisión delimitadora, celebre que titó las nacientes del Yavari, pero del novelista, no saben siquiera el nombre, los espectadores de la cosmopolita "El Guarany".

En representación, cuando pocos conocen en el Brasil la prosa lapidaria del portugués González Prada o la vena picantesca y romántica de las "Tradiciones de Luana", de Palma. Son populares en toda América los estudios de Carlos Praderio o de Hincio Lombardi de interpretación y exégesis de la conducta de América y no se han sumado a ellos, con todas las aportaciones originales, estéticas e históricas, las obras expresivas de Capistrano de Abreu y Paulo Prado. Y lo mismo que en el terreno de la historia, ocurre en el de la poesía. Se acostumbró a hablar en Hispano-América de las tendencias literarias del continente, romanticismo o modernismo, ignorando el profundo acervo del Brasil.

Es cierto que Francisco García Caldeón, gran escritor peruano, trabajó por la unidad espiritual americana, revelando nombres y figuras representativas del Brasil y sumándolos a los demás del continente en sus armoniosos capítulos de "Las democracias latinas" y "La creación de un continente". Pero lo que escasea es el conocimiento directo de obras y escritores americanos. Al hablar del romanticismo en América, por ejemplo, se dan nombres y



BIBLIOTECA NACIONAL

ra por lo general a los más auténticos valores del pensamiento o el arte brasileños. ¿Quién ha oído alguna vez nombrar en la costa del Pacífico, por ejemplo, a Euclydes da Cunha, el sociólogo y el poeta de "Os Sertões" o a José de



E habla generalmente de una América Latina espiritualmente una y compacta. En congresos y artículos de periódicos se declama sobre la inexistencia de las fronteras y la hermandad de las almas. Y lo cierto es que estos países se desconocen fraternalmente y existe entre sus grupos pensantes una cordial indiferencia. El aislamiento se ahonda al llegar al Brasil, por el influjo diversificador del idioma. Literariamente, el Brasil vive más cerca de Europa que del resto de los países americanos. Salvo la boga universal de poetas como Dario, Nervo o Chocano, son poco familiares o desconocidos aquí los nombres de los epígonos de la literatura hispano-americana. Este desconocimiento es —diplomáticamente— recíproco. En el sector hispano del continente se ignora

(*) Publicado en **La Prensa** de Lima y en el **Jornal do Comercio** de Río de Janeiro el 7-X-1936.—Reproducido en la **Revista da Academia Brasileira** Nº 158.

Alencar, el novelista de "Iracema" y "Guarany" con sus obras tan sustancialmente americanas como sus coetáneas, el "Facundo" de Sarmiento o la "María" de Jorge Isaacs, universalmente acatadas en el resto del continente? Al primero, acaso se le conozca en el Perú o Bolivia confundiendo con el personaje de una comisión delimitadora célebre que fijó las nacientes del Yavari, pero del novelista, no saben siquiera el nombre, los espectadores de la cosmopolitizada ópera "El Guaraní".

En represalia, cuán pocos conocen en el Brasil la prosa lapidaria del peruano González Prada o la vena picaresca y romántica de las "Tradiciones Peruanas" de Palma. Son populares en toda América los estudios de Carlos Peyreya o de Blanco Fombona de interpretación y exégesis de la conquista de América, y no se han sumado a ellos, con todas las aportaciones originales, estéticas e históricas, las obras expresivas, de Capistrano de Abreu y Paulo Prado. Y lo mismo que en el terreno de la historia, ocurre en el de la poesía. Se acostumbra a hablar en Hispano-América de las tendencias literarias del continente, romanticismo o modernismo, ignorando el profundo acervo del Brasil.

Es cierto que Francisco García Calderón, gran escritor peruano, trabajó por la unidad espiritual americana, revelando nombres y figuras representativas del Brasil y sumándolos a los demás del continente en sus armoniosos capítulos de "Les democracies latines", y "La creación de un continente". Pero lo que escasea es el conocimiento directo de obras y escritores.

Al hablar del romanticismo en América, por ejemplo, acuden inmediatamente a la mente los nombres de los mexicanos Manuel Acuña y Manuel María Flores, de los peruanos Salaverry y Cisneros y los argentinos Mármol y Andrade y se repiten mecánicamente de memoria versos del "Nocturno" de Acuña, del "Acuérdate de mí" de Salaverry, de la "Atlántida" de Andrade. Y sin embargo, acaso si el más auténtico latido romántico de América, que aún perdura e influye en la poesía actual de su pueblo, fué el que se infundió en los versos de Castro Alves, Gonzalves Dias y Casimiro de Abreu, gloriosa trinidad romántica del Brasil. Gonzalves Dias es, sin disputa, uno de los mayores cantores de la naturaleza virgen de América, que supera a Bello por el ardor apasionado de su inspiración y emula a Heredia, el soberbio cantor del Niágara. En Casimiro D'Abreu, en cambio, como nota inédita del romanticismo en América, hay un suave discurrir de *cachoeiras*, jardines embalsamados de cielo, risas de infancia, alas azules de *burbuletas*, aire sosegado de inocencia y de paz que no aspiró comúnmente la enlutada y gemebunda musa romántica.

En cuanto a Castro Alves, apostol y tribuno del verso, sus apóstrofes rimados tienen mayor dramaticidad que los arranques literarios de Mármol contra el tirano del Plata. El poeta argentino combatía por libertades políticas conculcadas, mientras el brasileiro se erguía para reclamar la otorgación del simple derecho de humanidad a los negros esclavos.

Mientras Mármol trema contra un hombre, el bardo brasileiro, ante la injusticia tremenda, sin nombre y sin castigo, no puede sino increpar y suplicar al cielo. Es célebre la execración de Mármol:

**Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas,
pero como argentino las de mi patria no!**

Pero Castro Alves no podía perdonar en nombre de la humanidad. Su grito tiene el horror sangrante de la blasfemia que horadaba el cielo desde los barcos negreros:

Senhor Deus dos desgraçados!

Dizei-me vos, enhor Deus

Si e mentira.....Si e verdade

Tanto horror perante os ceus?

¡Deus oh Deus! ¿onde estás que nao respondes.

Si los pueblos desconocían mutuamente a sus poetas, en cambio la casualidad hacía, a veces, que los poetas se conocieran entre sí. Tal ocurrió por feliz coincidencia, entre dos máximas figuras representativas del Brasil y del Perú, Gonzalves Dias, el poeta de Y-Yuca-Pyrama y don Ricardo Palma, el patriarca de la literatura peruana, que se conocieron e hicieron amistad literaria y personal, en París, en 1864. Esta relación, simpática y breve entre los dos grandes escritores, me sirve también para hablar conjuntamente de ambos y de sus obras.

II

En 1864, el Gobierno del Perú nombró Cónsul en el Pará a don Ricardo Palma. Este era entonces un liberal turbulento y un poeta romántico empedernido. Pertenecía a una generación brillante en el Perú, la llamada de 1848, que había dado en lamentarse y llorar en verso, siguiendo el ejemplo plañidero de Lamartine o de Musset a través de Espronceda y de Zorrilla. Palma era entre ellos un burlón nativo, criollo auténtico, nacido para el epigrama y la agudeza. Pero le envolvió el ambiente y se sintió fatalmente triste y desesperado, como todos sus congéneres. Lloró desdenes amorosos, ansió países lejanos, compuso dramas truculentos y medioevalistas, se apasionó por el exótico oriente y clamó en estrofas declamatorias por las libertades cívicas. Castilla el presidente peruano que no tenía hechuras de Rosas, dejó gemir a los románticos, hasta que éstos tramaron una conspiración que culminó en un ataque armado a la casa presidencial. Palma conjurado, fué desterrado. Y entonces escribió su más sincera poesía romántica, aquella que Rubén Darío aprendiera de memoria en su juventud:

Parto ¡oh patria! desterrado:

De tu cielo arrebolado

mis miradas van en pos.....

Todo romántico era un latente peregrino o candidato a proscrito. Las más sublime aureola era un destierro. Mármol, "El Peregrino" era un ídolo-americano. Y el mar era el símbolo de sus vidas y les proporcionaba a menudo sus mejores metáforas. No hay poeta romántico que no tenga una composición titulada "Al mar". Byronianos trágicos, se sentían peñones batidos por un oleaje sin misericordia. El mar era el espejo de sus vidas en cuyo torno gemía una tempestad fatídica ineluctable. Y muchas veces la trágica imaginación del Océano, se convirtió en dura e inenarrable verdad. Dos grandes poetas románticos, por lo menos, Gonzalves Dias, cantor angustiado del mar, y el peruano Manuel Nicolás Corpancho, murieron en el Océano. El primero en las costas del Brasil, el segundo en el golfo de México. Palma también naufragó el año de 1855, en las costas del Perú, y rememoró por cierto en unas estrofas tituladas "En un naufragio" esas horas de inmensa angustia y auténtico desamparo.

El destierro llevó a Palma a Chile. Allí estuvo alrededor de tres años y allí se truncó su vocación de poeta romántico. Comenzó a aficionarse a las investigaciones históricas y escribió un libro de historia, su primer ensayo apre-

clable en este género. Fué la historia de la Inquisición en Lima. El liberal y el burlón se entrometían en el texto para ridiculizar los delitos penados por el Santo Oficio, asegurando, con toda seriedad, que se incurría en herejía, para este tribunal, por haberse puesto camisa blanca el día sábado, por haberse lavado hasta el codo o por haber separado el gordo del tocino a la hora de cenar.

El más grave delito para la Inquisición limeña era, sin embargo, ser portugués. Seis mil de éstos, residentes en Lima, escaparon en 1646 de un auto de fe que se proyectaba con ellos, mediante un fuerte donativo de dinero al Virrey.

De regreso de Chile, y después de publicar su libro sobre la Inquisición, Palma es nombrado Cónsul en el Pará. El traslado de Lima al Pará, requería, entonces, un viaje previo a Europa. Palma se dirigió a Southampton, donde vió a Rosas desterrado, y huyó de él como de un réprobo.

A mediados de 1864 llegó a París. Allí conoció a muchos escritores latino-americanos. Con Hilario Ascasubi, poeta argentino, visitó la tumba de Musset. Conoció también al entonces célebre crítico colombiano Torres Caicedo. Y en las charlas latino-americanas de la *rue Laffite* y de la *Cité Bergère*, el flamante Cónsul en el Pará fué presentado a un escritor brasileño, funcionario como él, que andaba por Europa en comisión de su Gobierno, estudiando la instrucción pública de diversos países y de quien se decía además que era un gran poeta. Se llamaba Antonio Gonzalves Dias. Era un tipo original: pequeñísimo de talla, moreno, mirada parda y penetrante, barba nazarena y palidez cadavérica. Rasgos de profunda melancolía marcaban su semblante, pero sus palabras reavivaban la expresión de su rostro y el buen humor hacía sugestiva su charla. Un maniaco *charuto*, siempre pegado a los labios, fingía con sus volutas de humo, el juego grácil y caprichoso de su conversación.

Palma era, como Gonzalves Dias, un tipo netamente americano. Alto, moreno, de grandes bigotes negros y lacios y la verba jovial y ocurrente. Coincidieron en socarronería en aficiones poéticas e históricas, se leyeron, mutuamente composiciones de molde romántico y cambiaron confidencias sobre admiraciones literarias y patrones estéticos. Gonzalves Dias era mayor diez años que Palma, pues había nacido en 1823, y oficiaba de maestro en materia de poesía europea. Conocía el idioma alemán y admiraba preferentemente a Heine. Dió a conocer a su amigo las poesías del bardo del Cancionero y le repetía, a media voz, en las mesas de café, las estrofas de las baladas heinianas. Otras veces eran versos de los grandes poetas portugueses y algunas, solicitado por Palma, sus propias estrofas —vida convertida en música— pura esencia romántica: “Seus olhos”, “Olhos Verdes”, “Si se morre de amor” y “Ainda uma vez, adeus!” y entre ellas, visión romántica del Brasil, saudade hecha verso, la cadenciosa “Canção do exílio”:

**Minha terra tem palmeiras
Onde canta o sabiá.**

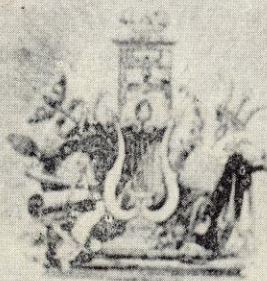
**As aves que aqui gorgelam
Nao gorgelam como lá.**

**Nosso ceo tem mais estrelas,
Nossas varzeas tem mais flores,
Nossos bosques tem mais vida,
Nossa vida mais amores.**

**Nao permitta Deus que eu morra
Sem que eu volte para lá.**

RICARDO PALMA

PASIONARIAS



HAVRE

LIBRAIRIE LE NORMAND

1870

"Pasionarias", el último volumen de poesía romántica de Palma, publicado en el Havre, en 1870, y que contiene una selección de los versos juveniles escritos de 1850 a 1860 que Palma desechó en "Armonías" y los nuevos versos vividos en la lucha y el ostracismo de 1865 a 1867.



Antonio Gonçalves Dias (1823-1864), el gran poeta brasileño, quien trabó amistad con Palma en París, en 1864, y transmitió a este la admiración por la poesía sentimental y humorística de Heine.

Embelesado y ganado por la emoción vernácula, Palma exigía que Gonzalves Dias le recitara sus "Poesias Americanas" con sus deslumbrantes visiones del trópico. Gonzalves Díaz repetía entonces, modesta y defectuosamente, ahogado por la tos, los vibrantes versos, tambor de la selva, del "Canto do Guerreiro":

Aqui na floresta
Dos ventos batida,
Fazanhas de bravos
Nao gerao escravos,
Que estimen a vida
Sem guerra e lidar
—Ouvi - me, Guerreiros,
—Ouvi meu cantar.

O eran fragmentos de "Y-Yuca-Pyrama" el fuerte poema, hermano mayor del "Tabaré", o estrofas resonantes de la epopeya de los Tymbiras. Era, a veces, la canción del prisionero tupí:

Meu canto de morte
Guerreiros, ouvi
Sou filho das selvas
Nas selvas cresci;
Guerreiros, descendo
Da tribu tupy.
Da tribu pujante
Que agora anda errante
Por fado inconstante,
Guerreiros nasci:
Sou bravo, sou forte,
Sou filho do Norte.
Meu canto de morte
Guerreiros, ouvi.

Y el reproche del viejo tupi guerrero, Priamo incommovible, que increpa a su hijo el mozo guerrero haber temido a la muerte:

Tu choraste em presença da morte?
Na presença de estranhos choraste?
Nao descende o covarde do forte;
Pois choraste, meu filho nao es!

Um amigo nao tenhas piedoso
Que o teu corpo na terra embalsame,
Pondo em vaso d'argila cuidadoso
Arco e frecha o tacápe a teus pés!
Se maldito, e sósinho na terra;
Pois que a tanta villeza chegaste,
Que em presença da morte choraste,
Tú, covarde, meu filho nao és.

O la descripción vivaz de la taba:

A taba se alborota, os golpes descem
Gritos, imprecacoes profundas soao,

Emmaranhada a multidão braveja,
 Revolve-se enovela-se confusa,
 E mais revolta em mor furor se accende.
 E os sons dos golpes que incessantes fervem,
 Vozes, gemidos estertor de morte
 Vao longe pelas ermas serranias
 Da humana tempestade propagando
 Quantas vagas de povo enfurecido
 Contra um rochedo vivo se quebravam.

Ante el vuelo de tal imaginación soberana y el poder creador de este Homero del Trópico, Palma sentía el deslumbramiento de una revelación.

La amistad entre los dos poetas se estrechaba cada vez más. Se les veía juntos en los cafés y los círculos literarios. Tenían razones e incentivos para coincidir. Ambos habían tenido que luchar contra idénticos prejuicios sociales y habían impuesto su nombre por la admiración a su inteligencia. Coincidían además, en gustos y temperamentos. Eran ambos enamorados y sensuales, y se prendaban por igual de las musas románticas y de las musas de carne y hueso. En Gonzalves Díaz, la pasión erótica se hallaba ya mitigada y ensombrecida por la decepción melancólica que inmortalizó en "Ainda uma vez adeus!" Palma fué, en su juventud, "alegroncillo con las hijas de Eva", según propia confesión y estaba en plena virilidad. Les unía, sin embargo, para permanecer juntos en los recintos de la alegría, un común infortunio romántico: su incapacidad para el baile. Ninguno de los dos sabía dar un paso. Se vengaban saboreando el ritmo de los poetas clásicos. Gonzalves Díaz era un excelso conocedor de la lengua, capaz de escribir en portugués del más clásico sabor, como lo atestiguan sus célebres "Sextilhas de Fray Antao". Palma tuvo también el culto de los clásicos españoles y, en el estilo retozón de sus tradiciones históricas, se enredan a menudo jugosos y traviesos arcaísmos. Ambos eran, también, aficionados a los escarceos filológicos, de que hablan el "Dicionario da lingua geral ou tupy", del brasileiro como los "Neologismos y americanismos" y las "Papeletas lexicográficas", del peruano.

A ambos les había tentado por último el éxito teatral y habían escrito dramas hugolianos; pero ni la **Beatriz Cenci** de Gonzalves, ni el "**Rodil**" de Palma, habían tenido acogida.

Comulgaban, sobre todo, en dos pasiones, cardinales para ambos: la poesía y la historia. Gonzalves Díaz era ya una cumbre en la poesía americana, y, desengañado de la vida y los versos, amaba refugiarse en los remansos de la historia para escribir opúsculos como "O Brasil e a Oceanía", la "Historia dos Jesuitas no Brasil" o esos documentados informes sobre la historia amazónica que enriquecen su producción póstuma. El destino de Palma seguía un camino inverso. Abandonando la poesía y entregándose a la evocación histórica, iba a ser, en América, maestro de un género nuevo e inimitable: la tradición.

Cuando, se conocieron, el uno era célebre, el otro era aún un incógnito de la gloria. El brasileño influyó grandemente en el espíritu del peruano. Quizás, si al lado del gran poeta que había inventado, por decirlo así, la poesía americana, de la selva y del indio, el canto autóctono de la tierra y la raza, fué que Palma sintió un estímulo más imperioso para concentrarse en lo propio y crear nuevos géneros vernáculos. Son diversos, sin duda, el "poema indianista"—cielo abierto y clamor guerrero y salvaje— y la "tradición", generalmente episodio epicúreo y cortesano. Pero los nutre una savia semejante: el espíritu afirmativo de la nacionalidad.

La influencia inmediata que se ejerció sobre Palma fué la de la predilección por Heine. Gonzalves Díaz conocía perfectamente el alemán, que aprendió en el Brasil y perfeccionó en su viaje de 1854 a Prusia. El comunicó a Palma su entusiasmo por el poeta de Atta Troll. ¡Bien escogido el padrón poético para Palma, burlón de nacimiento y romántico a la fuerza! Al despedirse ambos amigos en París, en Setiembre de 1864, Gonzalves Díaz obsequió a Palma un ejemplar de los versos de Heine traducidos al francés por Gerard de Nerval. Se abrazaron, prometiendo verse nuevamente dentro de pocos meses. Palma partió para el Brasil en enero de 1865. En la navegación reiteró la lectura de Heine. Y fué más tarde, en opinión de los críticos más sagaces, uno de los mejores traductores castellanos del ruiseñor franco-alemán. La manera poética de Palma se transformó: el lamento elegíaco de sus primeros libros se convirtió en el festivo sentimiento de "Verbos y Gerundios" su mejor volumen de versos.

III

Palma llegó a Río de Janeiro de tránsito para el Pará. El tradicionista no ha referido, por sí mismo, sus impresiones de Río. Pero su hija Angélica, en la biografía reciente de su padre —escrita con la misma delectación que la de Carolina Nabuco sobre Joaquín Nabuco— nos dice algo sobre la estada de Palma en Río y el Pará. Dichos datos han sido gentilmente acrecidos por la misma escritora, a mi solicitud, en carta particular.

Cuenta Angélica Palma, en su libro, que la impresión que el viejo tradicionista guardaba del Brasil "se concreta en dos palabras: deslumbramiento y bochorno; deslumbramiento ante el paisaje maravilloso de Río de Janeiro, ante la hermosísima exuberancia de la naturaleza brasilera; bochorno causado por la humillación y los dolores de la raza esclava, por la añeja pompa imperial, por el calor agobiante". (1).

Emoción de poeta romántico y de liberal indeclinable, anónimo entonces en el fausto cortesano de Río, pero cuyo corazón latía con el del cantor brasilero de "Vozes D'Africa" y el "Navío Negreiro" e iba a hacerse acción en la propaganda de Nabuco y demás próceres de la abolición. En el Perú, proclamada la libertad de vientres en 1821, Palma había presenciado la abolición de la esclavitud por Castilla en 1854 por la que aún luchaban en el Brasil los poetas de la acción y del verso.

También estuvo Palma en Petrópolis, en el esplendor de las hortensias y de la primavera y —me escribió Angélica Palma— ampliando los datos de su libro "en cuyas avenidas vió más de una vez, pasar a don Pedro, a quien juzgaba gobernante discreto e intelectual distinguido". (2).

De Río siguió Palma para el Pará y se detuvo en San Luis de Maranhao, donde descansó algunos días. Era la ciudad unida al recuerdo de Gonzalves Dias, como capital de su provincia materna. Allí o en Río lo sorprendió una impresionante noticia. En la madrugada del 3 de Noviembre de 1864 el bergantín "Ville de Boulogne" había encallado en unos bajos frente a las costas mismas de Maranhao, Gonzalves Dias que venía a bordo, enfermo, moribundo casi, por su dolencia pulmonar, fué abandonado u olvidado por la tripulación, en su cámara inundada de agua, mientras aquella se esforzaba por salvar el buque, Gonzalves Dias, que no podía moverse por sí mismo y que en

(1) Ricardo Palma, por Angélica Palma.—Editorial Tor. Buenos Aires, 1933, Pág. 48.

(2) Carta de Angélica Palma, de 15 de Julio de 1934.

los últimos días de viaje, rechazaba ya toda alimentación y sólo se complacía en el humo de su cigarro, pereció ahogado. Con emoción debió Palma repetir el final suplicante de aquellos versos:

**Nao permitta Deus que eu morra
Sem que eu volte para lá.**

Aquella impresión fué duradera en el ánimo de Palma. Al publicar, en 1886, sus traducciones de Heine, con una carta prólogo decía:

"Hace veinte años que en Francia contraí estrecha amistad con Gonzalves Dias, el más popular de los poetas contemporáneos del Brasil; y tanto que, en su ciudad natal, existe hoy una calle bautizada con el nombre de rua de Gonzalves Dias y en la capital del imperio se le ha erigido estatua en una de las principales plazas. La muerte de Gonzalves Dias fué duelo nacional para el Brasil, así por el aquilatado merecimiento del hombre de letras como por lo tristísimo de su fin. El poeta pereció en un naufragio al regresar a la patria y en poco estuvo que hubiéramos hecho juntos el viaje. Hallábame en San Luis de Maranhao, de tránsito para el Pará, cuando recibí la dolorosa noticia. Tres meses antes nos habíamos dado el abrazo de despedida en Europa, prometiéndonos renovarlo en América. El Destino no lo quiso". (3).

Palma refiere su amistad con Gonzalves Dias y el obsequio de las poesías de Heine. El escritor peruano estuvo en el Pará poco tiempo. El clima le hacía daño a la salud. Obtuvo una licencia y regresó al Perú. En París acababa de publicarse su primer volumen de versos, escritos en el destierro y titulado "Armonías". Cinco años después, publicó su segundo libro de versos románticos: "Pasionarias".

En Sao Luis de Maranhao debió conocer Palma al poeta Joaquín María Serra Sobrino, periodista y autor dramático, quien tradujo al portugués una poesía de Palma de su libro "Armonías". Palma declara que el poeta brasileño mejoró y embelleció su pensamiento. La composición, titulada "Caminho do Ceo", dice:

**Vede; Cobre-lhe belleza
alvo transparente veo!
Assim circundam estrelas
branca nuvem la no ceo!**

**Nao a accordeis! Ella sonha
com anjos sonhos de luz!
Nao desperteis a menina,
rosados olhos azues!**

**Quando enfim raiar o dia,
e o sol no espazo luzir
sobre toda a natureza
vida e calor difundir,**

**pobre mae! nao chores, fita
os olhos alli na cruz.....**

(3) Carta prólogo a las "Traducciones" de Heine por Ricardo Palma, Lima 1886. Citado por Guillermo Feliú Cruz, en su libro "En Torno a Ricardo Palma", Tomo I, Págs. 136 a 138.

que vae camino da gloria
rosados olhos azues!

Haciendo más tarde recuerdos en "La Bohemia de mi tiempo" escribe Palma:

"Un crítico brasileiro, Luis Guimaraes Junior, aplaude la finura, la melodía, la caprichosa sencillez de la traducción de Serra; y yo, a quien el amor de padre no ofusca, tratándose de mis versos, me apresuro a declarar también, franca y lealmente, que el vate del Janeiro ha sabido embellecer mi pensamiento. Sus cuatro versos finales, sobre todo, tienen un perfume de resignación cristiana que en los míos apenas se deja sentir. Si caen bajo sus ojos estas confidencias, acepte el bardo maranhense mi más cordial y fraterno abrazo". (4).

En "Pasionarias" hay un recuerdo, posiblemente de álbum, la poesía "A una brasileira". Angélica Palma escribe en su libro "que las mujeres señalaron las más gratas horas de Palma en el Brasil" (5). En carta, cuenta algo más. "Hablabla con disgusto de la esclavitud y, acostumbrado a la lisura (6) de sus paisanas, encontraba timidas a las brasileiras".

"Cálculo —agrega Angélica— que la experiencia novecentista de usted será muy distinta a esa del pasado siglo".

Es precisamente esa sensación de inocencia y de casta ternura —que aún conservan las brasileñas para satisfacción de Angélica Palma— la que refleja la poesía del peruano viajero:

EN EL ALBUM DE UNA BRASILEIRA

Plácidas son tus auroras,
perfumadas son tus brisas,
y músicas seductoras
te dan las aves canoras
en cambio de tus sonrisas.

No miente, niña gentil,
el que, en su amoroso afán,
te llama sol del Brasil,
y la rosa del pensil
de San Luis de Marañán.

Y pues tu alma, en su inocencia
del cielo há la transparencia,
que nunca nube sombría
ose empañar, alma mía,
el cristal de tu existencia. (7).

(4) La bohemia de mi tiempo.—Lima, 1889, pág. 32. El libro de versos de Serra en que se incluyó la poesía de Palma fué "Cuadros".
(5) Obra citada, página 49.

Incidiendo en las vinculaciones de Palma con el Brasil la hija del tradicionista recuerda la amistad que su padre cultivó siempre con los representantes del Brasil en Lima, particularmente con don Henrique de Barros Cavalcanti de la Cerda (1884) y don Julio Henrique de Mello e Alvim (1879). Este último intervino caballerescamente a favor de Palma en los días de la ocupación de Lima por los chilenos. Saqueada la Biblioteca Nacional, Palma escribió una protesta y fué apresado. El diplomático brasileño y otros colegas suyos, obtuvieron del Jefe del ejército de ocupación la libertad del escritor peruano, recluido en un buque de la escuadra chilena, cuando iba a ser deportado a Punta Arenas.

En 1888, el representante del Brasil en Lima, pidió, de orden de su Gobierno, que el Perú le enviase datos sobre la forma como se hizo la manumisión de esclavos en nuestro país. Palma fué el encargado de redactar el informe que publicó más tarde en el 5º tomo de sus Tradiciones, bajo el título de "Manumisión". Fué su contribución a la obra abolicionista en el Brasil, culminada ese año con la ley de 13 de Mayo de 1888.

Palma vivió 50 años más, después de su viaje al Brasil. Alrededor suyo había "llovido recio", como dijera él mismo en su fabla pintoresca. Los recuerdos se esfumaban. Al comentar el "Tabaré" de Zorrilla de San Martín, no recuerda ya siquiera al poeta de los Tymbras. Elogia en cambio como ideal del americanismo literario "O Guesa errante" de Souza Andrade. (8). En sus Tradiciones, donde tantas huellas autobiográficas hay y tantos recuerdos americanos, escasean los del Brasil. En una sola de ellas, he encontrado, al paso, una mención del Brasil, que acaso sea un trofeo cogido en el folklore criollo brasileño. Es en la tradición titulada "Las mentiras de Lertzundi".

Lertzundi es uno de los tipos criollos más característicos creados por la imaginación de Palma, en confabulación con la historia. El general Lertzundi, existió aún que no sabemos si con los contornos que nos lo presenta Palma. Fué general revolucionario, personaje político y, sobre todo, grandísimo mentiroso. En su juventud había estado seis meses en Río de Janeiro y este lugar le servía para ubicar gran parte de sus mentiras auto-biográficas. Un sufrido subalterno, el teniente López confirmaba como testigo, las hazañas de Lertzundi. Olgamos al tradicionista:

"Hablábase en una tertulia sobre la delicadeza y finura de algunas telas, producto de la industria moderna, y el general exclamó:— ¡Oh! ¡Para finos los pañuelos que me regaló el emperador del Brasil! Se acuerda usted, teniente López? — Sí, mi general.....! finos, muy finos! — Calculen ustedes — prosiguió Lertzundi — si serían finos que los lavaba yo mismo echándolos previamente a remojar en un vaso de agua. Recién llegado al Brasil, me aconsejaron que, como preservativo contra la fiebre amarilla, acostumbrase beber un vaso de leche a la hora de acostarme

(6) Limeñismo, que equivale a picardía, ingenio, agudeza.

(7) *Pasionarias*.—Havre, 1870, pág. 152. La poesía está fechada en San Luis de Maranhão, 1865.

(8) Esta epopeya de J. de Souza Andrade, que despierta efusivo elogio a Palma, no es popular en el Brasil. Sólo la he visto reproducida en fragmentos de la Antología de Mello Moraes. No aparece en otras antologías.

y nunca olvidaba la mucama colocar éste sobre el velador. Sucedió que una noche llegué al cuarto rendido de sueño y apuré el consabido vaso, no sin chocarme algo que la leche tuviese mucha nata, y me prometí reconvenir por ello a la criada. Al otro día, vínome gana de desaguar cañería y..... ¡jala! ¡jala! ¡jala! salieron los doce pañuelos. Me los había bebido la vispera en lugar de leche... No es verdad, teniente López? —Sí, mi general, mucha verdad— contestó en aire beatífico el sufrido ayudante". (9).

El otro recuerdo brasileño de las Tradiciones pertenece a la categoría de fruta prohibida. Existe una colección inédita de una serie de tradiciones de Palma, de pronunciado tinte picaresco y términos de los usados a veces en el "Quijote", que se titula "Tradiciones en salsa verde" y en la que Bolívar y Sucre aparecen en paños menores. Entre ellas hay una titulada "Fatuidad humana" que se refiere a una aventura de D. Juan VI en el Brasil con una mulatica de Río de Janeiro llamada Patrocinio y cuyos efectos fueron un rapazuelo que más tarde fué Obispo de Coimbra.

El lenguaje demasiado desenvuelto de la tradición, me impide reproducirla. Pero en lo esencial, la anécdota es esta: La moza engañaba al Rey y lo exprimía "dejándole con menos jugo que a limón de fresquería". La mulata era "alborotada de rabadilla y el Rey la sorprendió un día "como dice la epístola de San Pedro" "illa sub, ille super". Ella fué encerrada en lugar de corrección y el chico enviado al Seminario de Lisboa resultó mas tarde Obispo de Coimbra. La madre, "jubilada ya en la milicia de Venus", le envió alguna vez una carta de recomendación para un fraile confesor suyo. Su ilustrísima atendió al huésped y al regresarse éste a Río de Janeiro le dió la siguiente carta: "Señora: Su recomendado le dirá que lo he servido a pedir de boca. No vuelva Ud. a escribirme y menos a tratarme como a cosa suya, porque **Os filhos** naturaes do rei nao tem mae Dios la guarde". Doña Patrocinio que no era "mujer de esas que lloran lágrimas de hormiga viuda" dió una respuesta con toda la sal mulata a cuestras, pero imposible de reproducir. Le decía poco más o menos que le agradecía las atenciones a su confesor pero que le recordaba que "os filhos" (como él) nao tem pae. (10).

IV

En la vida de Palma puede decirse que hubo tres etapas determinantes: la del poeta romántico, la del tradicionista y la del bibliotecario.

De su primera etapa literaria, que fué en la que estuvo en el Brasil, se ha hablado ya en este artículo. Palma se dió el lujo de recorrer todas las categorías románticas. Fué poeta, conspirador, náufrago, proscrito y autor dramático. Sepultó aquellos ardores moceriles en dos volúmenes de versos, opacados por su producción posterior.

A partir de 1860, comienza a cultivar el género histórico, en narraciones cortas, al comienzo fielmente ceñidas al documento, y después cada vez más

(9) Tradiciones Peruanas, Tomo V.—Edición Calpe, pág. 147.

(10) Tradiciones en salsa verde, 1901, cuaderno manuscrito de letra del mismo Palma, inédito, conservado por don Clemente Palma.

vivaces, novelescas y llenas de gracejo criollo. En 1872, publica su primer tomo de **"Tradiciones Peruanas"** y luego, sucesivamente, cinco volúmenes más. En ellos se compendia, alegre y vívida, la más sabrosa historia del Perú. Las Tradiciones son nuestra gran epopeya humorística, nuestra comedia humana con sus mil personajes, caracteres y pasiones diversas, la síntesis de nuestra vida nacional obtenida por una técnica de pintor de azulejos que con pequeños cuadros va integrando las líneas de amplios **panneaux** panorámicos.

Palma creó un género literario nuevo y característicamente criollo, que, después, ha tenido imitadores desafortunados. La "tradición" cultivada por Palma no es la simple anécdota chocarrera y de almanaque. Ni es tampoco la narración histórica seriamente documentada. Palma parte de la historia hacia la novela..... Adaptando la frase de un crítico, que dijo que cabalgaba entre dos siglos, podría decirse mejor, que cabalga entre la fantasía y la realidad. Nunca se aparta de la verdad histórica si no en lo menudo e intrascendental, conservando siempre, sobre todo, la veracidad psicológica de los hechos, más necesaria que la simplemente documental. Le gusta siempre **aderezar** la historia para hacerla más atractiva, sin comprometer la verdad esencial.

La "tradición" ha sido definida por diversos críticos ilustres. José de la Riva Agüero, historiador de la literatura peruana, dice: "Tal como la constituyó Palma, la tradición es un género mixto o mestizo, producto del cruce de la leyenda romántica breve y el artículo de costumbres". (11).

"La tradición, ese monstruo engendrado por las falsificaciones agrícolas de la historia y la caricatura microscópica de la novela", dijo un panfletero. El propio Palma explicó: "La tradición es romance y no es romance; es historia y no es historia. La forma ha de ser ligera y regocijada como unas castañuelas, la narración rápida y más o menos humorística". Don Juan Valera y Ventura García Calderón aplauden la donosa inexactitud del género. Valera dijo que, pese a las intercalaciones novelescas, no había "historia grave, severa y rica de documentos que venza a las Tradiciones" para obtener una idea del Perú. García Calderón protestaba de que se censurara su admiración por esa "mixtura dulce y sabrosa" de novela y de historia en que el autor, "cuando el legajo tiene blancos, teje por encima, para llenarlos, sus telarañas". (12).

El mismo García Calderón ha definido magistralmente el género de Palma. Dice:

"No siendo historia ni novela, de qué modo podría definirse? Como todas las cosas ingeniosas y volátiles no cabe en el casillero de una definición. Además las tradiciones cambian de forma y de carácter con el humor veleidoso del narrador". (12)

"También la manera es desigual. Aquí burlona, allí candorosa para contar un milagro, después libertina como una facecia del Aretino, lue-

(11) **Ricardo Palma.—1833-1933.** Lima, Sociedad Amigos de Palma.—Este tomo reúne las conferencias pronunciadas en la Semana de Palma, celebrada el año último en Lima, con ocasión del centenario del natalicio del gran escritor y los homenajes nacionales y extranjeros tributados a su memoria con esa ocasión.

(12) **Del romanticismo al modernismo.** París, 1910.—Pág. 319.

go trágica y en fin pueril con una simplicidad de abuela cotorra que como ha perdido la memoria les cuenta a sus nietos un cuento azul sin saber si es cuento de mocedad o fantasía. Sucesivamente nos acordamos de Perrault, de Madama D'Aulnoy, de Voltaire, de Bocaccio y hasta de la 'novela picaresca'. Pero soportan las tradiciones la comparación con las obras maestras del cuento popular. Su manera es original, inconfundible: quedará. (13).

En las tradiciones vive toda la historia peruana: incaica, colonial y republicana. Pasan el inca sobre su anda de oro, el Virrey bajo palio, el presidente republicano a caballo. Leyendas de "huacas" malditas y ocultadoras de tesoros, milagrerías conventuales, conflictos de honra y amor, luchas entre criollos y españoles, genialidades de los caudillos de la independencia y de la república, forman la trama de las Tradiciones".

Palma prefiere, sin embargo, la época colonial, particularmente el siglo XVIII, con su relajamiento propicio para las gracias de un *Decamerón*. Y, a todos los escenarios, prefiere el de Lima, la ciudad del incienso y de la neblina, mística y parlera, mulata y sensual.

El ha creado artísticamente el ambiente de la Colonia y el estilo colonialista. Por él viven en la imaginación popular: la *Perricholi* y Santo Toribio, el virrey poeta, la monja alférez, el beato Martín de Porres, Santa Rosa y el *Demonio de los Andes*. Pasan los hechos y almas características. El valetudinario virrey Amat, y Virrey Capitán General del Perú, el severo expulsor de los Jesuitas, que se deja gobernar, de puertas para adentro, por la coquetería de la endiablada Miquita Villegas, la *Perricholi*, futura heroína de Merimée. Los nobles contienden en una calle de Lima por el paso de sus calesas por el lado derecho y elevan al Rey de España la solución de un conflicto que hoy resolvería un inspector de tránsito. Entredicho de virreyes y arzobispos y luchas por un estrado, un escudo o un quitasol. Conflictos entre el virrey y las limeñas por bandos contra los vestidos con aros o guarda infantes y los zapatos de raso. Desafíos por un blasón o el lema de un escudo; escalas de cuerdas pendientes de los balcones, controversias teológicas, repiques de campanas, procesiones, cohetes, duendes, ánimas del purgatorio, aparecidos.

Pero su pericia es mayor cuando se trata de nobles y de gente de iglesia. Liberal y volteriano se solaza en descubrir los trapicheos del virrey o las damas linajudas y en contar la crónica escandalosa de los conventos. Es un especialista para averiguar, y contarnos con gracia inimitable la interjección del Obispo, el pecado de la abadesa, la obesidad del reverendo predicador, el milagro inocente del santo de moda, el secreto de la monja de la llave o el contenido misterioso del chocolate de los jesuitas. El Diabolo es el personaje más familiar de las Tradiciones. Nos asegura con toda seriedad que tiene siete pelos en la barba, que fué cigarrero en Huacho, alcalde en Paucarcolla y que, en Ica, perdió una vez el poncho. Y su predilección burlesca se extiende a las brujas, los duendes, los herejes, los excomulgados y los libros prohibidos por la Inquisición.

Su más imperceptible ironía la usa para referirnos, como ingenuo colector de florecillas, milagros increíbles o pueriles: legos que caminan elevados va-

rios metros sobre el suelo, imágenes que lloran o sudan, diálogos de Santa Rosa con los mosquitos de su huerto, bendita vocación de Fray Martín para conciliador de enemistades, haciendo comer en un mismo plato a perro, pericote y gato.

La historia de Lima le ha embebido particularmente. Nadie como él para desentrañar el origen de los nombres pintorescos de las calles limeñas: Melchormalo, doña Elvira, Afligidos, Juan de la Coba, Polvos Azules, Penitencia, Peña Horadada, Faltriguera del Diablo. Sólo él puede decirnos la antigüedad de la María Angola campana centenaria de la ciudad, o la de San Marcos, la Universidad más vieja de América, la historia del cáliz de Santo Toribio o del rosario de Santa Rosa, porque la iglesia de San Pedro tiene tres puertas, o contarnos la leyenda del coche del conde Zavala, de la casa de Pilatos, o de la procesión de ánimas de San Agustín. Y a él —profesor insospechado de folclore— tendremos que recurrir cuando queramos saber la historia del primer toro que se lidió en Lima, la de las corridas de gallos y de los títeres y hasta del tresillo. El sabe el origen de las ceremonias del Jueves Santo; el de las fiestas y danzas populares, los pregones, la historia de las viandas y bebidas —el chocolate de Soconusco, el guarapo, los sorbetes, el ambigü, la sopa teóloga, las empanadas y el chanco enrollado— y podría certificarnos, bajo fe de escribano, cuando vino el primer grano de trigo, los primeros naranjos, el primer gato o el primer abogado que llegaron a Lima. Y más tarde, nos dice la fecha de la llegada del primer buque a vapor, la de la instalación del alumbrado de gas o de la locomotora más vieja del continente que echó a andar en Lima por el año de 1851. Sería innumerable el catálogo de sus especialidades y virtuosismos técnicos.

Lo característico de las Tradiciones, lo que les dá alas de originalidad y fama, es sin embargo, el estilo. Gracia y desenvoltura criollas, palabras coloreadas de *argot* popular, de “gyria” como dirían en el Brasil, latinazgos de colegial o de doctor *in utroque jure*, jaculatorias de beata, dicharachos de abuelo picaresco, términos hurtados a taurómacos o tahures, léxico retorcido de escribanos y golillas se mezclan en las tradiciones a frases llenas de refranes y cascabeles rimados y, a veces a esas hipérboles castizas aprendidas en la feria andaluza de las novelas picarescas. Suyas son expresiones como ésta: “oler a puchero de enfermo”, sentir el galope del caballo de copas, para afirmar la astucia de un sujeto, o, exclamar, como protesta por un bando real: “Vaya un rey de baraja sucia”. Retratando limeñas se le aguza el ingenio. Era, dice de una de ellas, “de talle ministerial por lo flexible, de ojos de médico por lo matadores y de boca de periodista por el aplomo y gracia en el mentir”.

De una esclavita de 16 años dice que “era fresca como un sorbete, traviesa como un duende, alegre como una misa de aguinaldo y con un par de ojos negros que parecían hechos de tinieblas”. Y de Leonorcita Michel, limeña de rompe y rasga, dice que tenía “ojos de más preguntas y respuestas que el catecismo, nariz de escribano por lo picaresco y una tabla de pecho como para asirse de ella un náufrago”, “mocita del tecum, no *boccato di cardinale* sino *boccato* de un concilio Euménico”. Hablando de los higos de Cachiche, se expresa así: “son como los de Vizcaya, de los que se dice que para ser buenos han de tener cuello de ahorcado, ropa de pobre y ojos de viuda: esto es, cuello seco, cáscara arrugadita y extremidad virtiendo almibar”.

Las Tradiciones hicieron a Palma glorioso en el Perú y en América. La Academia Española de la Lengua lo incorpora en su seno como a uno de los

más insignes hablistas de la raza. Llega la etapa final de su vida; la transcurrida en la Biblioteca de Lima. Palma sigue escribiendo tradiciones siempre jugosas y traviesas, pero ha hallado también un apostolado cívico. Reorganiza la Biblioteca Nacional deshecha, solicita óbolos y libros y dedica 25 años de su existencia a acrecer el tesoro bibliográfico de la vieja casa limeña. Anciano, encorvado por los años, era él mismo, el más glorioso *cimelio* del plantel. (14). Acudían a verle los viajeros ilustres —Darío, Altamira, Sáenz Peña, Root— y los colegiales que se escapaban del aula y entraban a leer en la sala de la Biblioteca, le atisbaban curiosamente a través de los vidrios de la puerta de la dirección, inclinado entre libretos viejos y manuscritos amarillentos, como a un nigromante de la leyenda, entre cada uno de cuyos pelos del bigote, —cada vez más blancos— creían, como él mismo lo dijo, que llevaba escondida una historieta. Zorrilla, Núñez de Arce, Cánovas, Menéndez Pelayo mantenían con él amistad literaria. Le reverenciaban en América los más graves escritores. La Hispanic Society, encabezada por Woodrow Wilson, le rindió en 1918 homenaje. Miguel de Unamuno, diría de él que era “el primer ironista de la lengua”. Murió en 1919 en Miraflores, reverenciado como un patriarca.

Los nombres de Gonzalves Dias y de Palma, los dos casuales amigos de 1864 en París, son hoy epónimos en el Brasil y el Perú. En las escuelas brasileñas los niños cantan la *Canción del Exilio* o repiten orgullosos las estrofas de *Y-Yuca-Pyrama*.

El colegial peruano tiene, también, la más sabrosa hora de clase, cuando el maestro abre sobre el pupitre el tomo sonriente de las Tradiciones.

Una calle de las más bulliciosas y traficadas de Río, lleva el nombre de Gonzalves Dias. En Lima se ha puesto el nombre de Palma a la calle en que se halla la Biblioteca. (15) En cada plazuela soñolienta de la vieja ciudad —en la de San Agustín que en las noches antiguas recorría la procesión de las ánimas, en la de Santa Ana donde Santo Toribio fundó el primer hospital, en la de la Merced frente al solar que fué de Francisco Pizarro, en la de San Juan de Dios donde asesinaron a Monteagudo— se levantan a diario exóticos monumentos. Ni Francisco Pizarro, ni Ricardo Palma tienen estatuas.

No las necesitan acaso, porque la tienen en su propia obra. El uno fundó la Ciudad de los Reyes, el otro ha creado su leyenda.

Río de Janeiro, setiembre de 1934.

—oOo—

(14) En éste artículo se usan algunos lusismos, tales como *charuto* (cigarro puro), *burbuletas* (mariposas de colores) y *cimelio*. Esta es una palabra creada por el Barón Ramiz, presidente de la Academia de Letras. Quiere decir joya bibliográfica. Viene del griego: keimelión, Cimeliarca el guardador de cimelios. Hay, publicado en Río, un “Catálogo de los cimelios de la Biblioteca Nacional”, comprendiendo en él, no solo las obras muy antiguas, sino todas aquellas que tienen algún valor o mérito artístico bibliográfico. (Posteriormente he comprobado que la voz *cimelio*, estimada en el Brasil como lusismo, es italianismo).

(15) Con ocasión del centenario último. Entre las obras publicadas últimamente merecen citarse las siguientes: *Ricardo Palma*, por Angélica Palma, Buenos Aires, 1933.— *En torno a Ricardo Palma*, por Guillermo Feliú Cruz, dos tomos, Santiago de Chile, 1933.— *Ricardo Palma, 1833-1833*, por la Sociedad Amigos de Palma y don *Ricardo Palma*, por Jorge Guillermo Leguía, Lima, 1934.

INDICE

Nota Preliminar	5
Palma Satírico	7
Palma Romántico	16
Palma y Gonzalves Diaz	43

